LOS HERMANOS KARAMAZOV

**VERSIÓN TEATRAL DE LA NOVELA DE FEDOR DOSTOIEVSKI,**

**realizada por JULIO ARDILES GRAY**

*Buenos Aires, 1990*

(Al encenderse las luces del costado izquierdo del proscenio, aparece Fedor Dostoievski escribiendo en un cuaderno).

**DOSTOIEVSKI**: Hoy, seis de marzo de 1879, prosigo escribiendo mi novela *Los hermanos Karamazov* en los capítulos donde el starest Zósimo recibe en su celda del monasterio a los miembros de la familia.

El santo varón está muy enfermo, habrá de morir en pocos capítulos más. La reunión ha sido turbulenta.

(Se levanta. La luz de escena se enciende y descubre a los personajes sentados en torno a una mesa. Todos estarán inmóviles mientras dura el parlamento de Dostoievski. Aproximándose a Alejo, que está de pie):

**DOSTOIEVSKI**: Este es **ALEJO**, seminarista en el monasterio donde vive el santo, starest Zósimo, pero pronto habrá de abandonar la vida conventual por consejo del anciano religioso, aunque en su vida de laico llevará siempre ese deseo de paz y de bondad que seguramente habrá de llevar­lo a la santidad. (se dirige a Juan): este es **JUAN** que todo lo razona, su mente lógica le hace tocar zonas que escapan, precisamente, a la razón. (se dirige a Teodoro): estees **TEODORO**, el padre. Su pasión es el egoísmo. Todo quiere atesorarlo, tanto el dinero como las mujeres. Se ha casado dos veces. De su primera mujer tuvo a **DEMETRIO**, también otro ser apasionado, pero de noble corazón aunque sus sentimientos desbordados lo llevarán a situaciones límites. Una de ellasserá el núcleo dramático de mi novela. (se dirige a Smerdiakov): este es **SMERDIAKOV**, uno de los criados de la casa. Se dice que es hijo natural de Teodoro, pero no sabría decir si es verdad. Recién lo sabré cuando avance la intriga. Lo único que puedo decir es que a su resentimiento lo siento en mi piel. Y ese resentimiento lo hace astuto y cruel. El otro viejo, que está parado a mi derecha (señala a Gregorio) es **GREGORIO**, un viejo criado lleno de fidelidad hacia su amo y hacia los hijos de su amo. Ya tengo en mente a dos mujeres: **GRUSCHINKA** y **CATALINA**, pero de ellas mucho no puedo hablar todavía, aunque percibo en ellas un fondo de crueldad que habrá de aflorar a medida que los acontecimientos se desencadenen.

En mi imaginación veo a todos mis personajes. Mis lectores también los verán, pero con su imaginación, nunca como los veo yo por más que trato, al escribir, de contar todo lo que veo en mi mente. Alguna vez, espero que un dramaturgo resuma y dé vida verdadera a todas estas criaturas mías. Ese día, todos podrán verlas de una misma manera.

(Se dirige al escritorio) En este capítulo: Teodoro, Juan, Alejo, Smerdiakov y Gregorio están en el comedor. El padre ha terminado de cenar. El invierno, el terrible invierno de nuestra tierra rusa, está por terminar. Pero aún hace frío…

PRIMER ACTO

(Cuando se sienta en el escritorio, se apagan las luces que lo destacan. La acción, en el centro de la escena, comienza).

**TEODORO**: (a Alejo) ¡Por fin...! ¡Siéntate con nosotros! ¿Te sirvo una taza de este magnífico café? Todavía está hirviendo... ¡No te ofrezco coñac porque estás en días de ayuno! ¡Pero si quieres beber... tengo también unos riquísimos licores de marca (a Smerdiakov) ¡Smerdiakov: trae unas botellas del segundo estante de la derecha del aparador! ¡Toma las llaves y date prisa!

**ALEJO**: ¡No, padre, no!

**TEODORO**: ¡Si tú no quieres, las beberemos nosotros! ¿Has cenado ya?

**ALEJO**: Sí, padre... Tomaría con gusto una taza de café.

**TEODORO**: ¡Ah... pícaro! ¡Te gusta el café! No hay necesidad de calentarlo; está a punto. Es el famoso café preparado por Smerdiakov, un artista en materia de café, las pastas y la sopa de pescado. ¡Ya comerás un día con nosotros esa sopa! ¡Pero, por supuesto, tienes que avisarnos antes! A propósito, ¿vienes con tu colchón y tu almohada, como te dije?

**ALEJO**: No. Vengo solo.

**TEODORO**: ¡Ah, llegaste a creer que te hablaba en serio! ¿Verdad? ¿Acaso soy capaz de contrariarte? (a Juan) Oye, Juan: cuando tu hermano me mira sonriendo no puedo contenerme. ¡Se me ensancha el corazón! ¡Lo quiero mucho! Acércate, Alejo, quiero bendecirte. (Alejo se acerca, pero su padre cambia de opinión). ¡Siéntate, siéntate! ¡Me contentaré con la señal de la cruz! Vas a reirte un poco: ¡acaba de hablar Smerdiakov! Hablábamos de un soldado a quien unos asiáticos, que lo habían hecho prisionero, habían torturado para que renegara del cristianismo. (Smerdiakov sonríe). ¿Qué quieres decir con esa sonrisa?

**SMERDIAKOV**: Pienso en ese bravo soldado cuyo heroísmo es, indudablemente, sublime. Pero, a mi juicio, ningún pecado hubiera cometido al renegar del nombre de Cristo. Sin duda, después, con buenas obras habría conseguido el perdón por su mentira.

**TEODORO**: ¿Que no cometió ningún pecado? ¡Mientes y en el infierno te asarán como cordero!

**TEODORO**: ¡Alejo, discutimos tu tema favorito!

**SMERDIAKOV**: ¡No son más que tonterías! No se lo puede castigar porque, en justicia, no merece castigo.

**TEODORO**: ¿Cómo en justicia?

**GREGORIO**: ¡Eres un miserable!

**SMERDIAKOV**: ¿Nada menos que un miserable, Gregorio? Pues si yo cayera en manos de los que atormentan a los cristianos y me obligaran a maldecir el nombre de Dios y a renegar de mi bautismo, lo haría sin que mi consciencia y mi razón me acusaran!

**TEODORO**: ¡Esas son palabras! ¡Pruébalo con razones!

**GREGORIO**: ¡Idiota!

**SMERDIAKOV**: Idiota, ¿eh? Usted insulta pero no razona. Lo mismo da, para ser castigado con las penas del infierno, renegar de la fe cristiana en alta voz que renegar de ella con el pensamiento. Para incurrir en el anatema de la justicia divina, basta con sentir la abjuración, aunque no se exprese. ¿Esto es verdad, Gregorio, según los mismos libros de la Iglesia?

**TEODORO**: (a Juan) jJuan! ¡Acércate a mi oído! ¡Este Smerdiakov habla tan solo para que tú lo oigas: le gustan tus elogios! ¡No se lo niegues! (a Smerdiakov) ¡Espera un poco, Smerdiakov...! ¡Acércate más, Juan! (Juan se inclina con un gesto serio) ¡Te quiero tanto como a Alejo! ¡Cree a tu padre! ¿Te sirvo un poco de coñac?

**JUAN**: Con mucho gusto.

**GREGORIO**: ¡No, si tú ya estás maldito! ¡Eres carne de anatema! ¿Cómo te atreves a discutir, si…?

**TEODORO**: (a Gregorio). ¡Nada de injurias, Gregorio! ¡Cálmate! ¡Un poco de paciencia!

**SMERDIAKOV**: No he acabado todavía, Gregorio.

**GREGORIO**: ¡Acaba pronto!

**SMERDIAKOV**: ¡Si cruzó por mi mente el propósito de renegar de Dios, resulta que no he mentido a mis verdugos cuando me preguntaban si era o no cristiano, porque ya estaba descristianizado por el mismo Dios y por mi sola intención aun antes de proferir palabra alguna! Y si esto es así, ¿con qué derecho han de pedirme cuentas en el otro mundo por haber abjurado de Cristo en calidad de cristiano, dado que por la propia premeditación quedé desbautizado? Si ya no soy cristiano, mal puedo abjurar de Cristo. Y al fin de cuentas, ¿quién se las pide a un tártaro idólatra en el cielo? Dice un refrán que a un toro no se lo puede despellejar dos veces. Y si el Todopoderoso exige cuentas a un tártaro cuando muere, es de suponer que solo le impondrá un leve castigo, estimando que no es culpa suya el haber nacido pagano, de padres que ya lo eran.

**TEODORO**: (lanzando una carcajada). ¡Alejo! ¡Pero qué hombre, qué hombre! ¡Ahora resulta que es un casuista! ¡Seguro que ha frecuentado el trato con los jesuitas! (a Smerdiakov) ¡Oye, oye, señor casuista, divagas y mientes descaradamente! ¡Pobre Gregorio, no te aflijas! ¡Vamos a hacerle morder el polvo! (a Smerdiakov) ¡Contesta esto, burra de Balaam! Supongo que delante de tus verdugos tienes razón de hacer lo que dices. No por eso has dejado de abjurar de tu fe en tu fuero interno y, por lo tanto, tú mismo reconoces haber incurrido en anatema. ¿Crees que te van a dar confites en el infierno? ¿Qué piensas de todo esto, jesuita?

**SMERDIAKOV**: ¡Conforme con que he abjurado en mi fuero interno pero, no obstante, no hay en ello más que un pecado especial, a lo sumo un pecado muy corriente!

**TEODORO**: ¿Cómo muy corriente?

**GREGORIO**: ¡Mientes, maldito!

**SMERDIAKOV**: ¡Juzgue usted mismo! ¡Está escrito en los santos libros que la fe mueve montañas, hasta precipitarlas al mar. Muy bien, Gregorio: yo no, porque no soy creyente, pero ya que usted lo es hasta al punto de insultarme, ordénele a esa montaña que se pasee, no digo hasta el mar, sino hasta ese infecto riachuelo que pasa por detrás de nuestro jardín y verá cómo, por mucho que le grite, la montaña no se moverá de su sitio. ¿Significa esto que la fe no mueve montañas? ¿Cómo se atreve a insultar a los demás? Salvo dos o tres anacoretas, no solo usted, ni nadie, puede mover las montañas con su fe. ¡He ahí la justificación de la misericordia divina y la esperanza de que mis dudas me serán perdonadas cuando vierta mis lágrimas de arrepentimiento!

**TEODORO**: ¡Oye! ¡Oye! ¿Entonces, supones que hay dos o tres hombres capaces de mover las montañas con su fe? (a Juan) ¡Fíjate, Juan, ese es un rasgo de todo el pueblo ruso!

**JUAN**: Esa observación es muy justa, padre; eso es lo más característico de la fe popular.

**TEODORO**: ¿Estás de acuerdo conmigo? ¿De modo que es cierto, puesto que estás conforme? (a Alejo) ¿Y tú, Alejo, lo crees así? ¿Es esa la fe del pueblo ruso?

**ALEJO**: ¡No! ¡Smerdiakov no posee la fe rusa!

**TEODORO**: No me refiero a su fe, sino únicamente a esa esperanza en el hombre, en un anacoreta, en un salvador. ¿Verdad que eso es el alma rusa?

**ALEJO**: Sí. ¡En efecto, ese rasgo es de todo nuestro pueblo!

**GREGORIO**: (a Smerdiakov) ¡Esa frase bien merece un rublo, burra de Balaam! ¡Te lo daré hoy mismo! Pero ten en cuenta que en todo lo demás divagas y mientes. Sábete, imbécil, que no todos en el mundo creemos por mera frivolidad. La vida nos niega el tiempo necesario para creer. Los días solo tienen veinticuatro horas y no hay lugar, no digo para el arrepentimiento, sino aun para dormir lo necesario. Tú, en cambio, has abjurado de tu fe delante de tus verdugos en momentos en que nada tenías que hacer, sino pensar en esa misma fe, y cuando, precisamente, era más necesario que la mantuvieses. ¡Y eso constituye un pecado!

**SMERDlAKOV**: Quizás constituya un pecado, pero en todo caso será venial, por las siguientes razones, Gregorio: si mi fe, en aquellos instantes, hubiera sido absoluta, en efecto sería un pecado grave el hecho de no disponerme a soportar el martirio antes que convertirme a la religión de Mahoma. Pero por otra parte, poseyendo esa fe, ¿cómo pensar en la posibilidad de que nadie me martirice, si basta con decirle a la montaña: "Anda y aplasta a mis verdugos” para que estos queden hechos polvo? Después me iría muy ufano, glorificando y ensalzando. ¡Todo esto es muy bonito! Pero supongamos que en el instante en que me amenazan mis verdugos, se me ocurre invocar a las montañas para que los aplasten; y las montañas se quedan quietas, como dispuestas a presenciar, indiferentes, mi suplicio, ¿cómo no dudar en aquella hora de angustia mortal? Sé, desde luego, que no alcanzaré totalmente la paz de los cielos, ya que si la montaña no se ha movido a mi voz es porque mi fe no está muy acreditada allá arriba, lo que quiere decir que no me aguarda más recompensa que una del mismo tamaño de mi crédito que no es muy grande y que, por lo tanto, no merece que me deje desollar sin provecho. ¡Ni ya medio despellejado se hubieran compadecido de mí las montañas! ¿Cómo no dudar en esos momentos, si basta solo el espanto cuando se va a perder la vida, para perder hasta la razón? En resumen, cuando no se ve en ninguna parte provecho ni recompensa. Por eso, en fin, confiando en la Divina Misericordia, espero que se me absuelva de toda culpa.

**TEODORO**: (en un repentino ataque de ira, a Smerdiakov) ¡Fuera de aquí, jesuita…! ¡Lárgate pronto, Smerdiakov! ¡Hoy mismo recibirás el rublo prometido! Y tú, Gregorio, ¡Te he dicho ya que no te aflijas! ¡Vete junto a tu mujer, Marta, que te cuide y te consuele! (Gregorio y Smerdiakov se marchan) (a Juan). ¡Ese canalla no nos dejará nunca tranquilos! Smerdiakov se ha aficionado a estar presente en todas las comidas; tú eres quien lo atrae ¿Le has dicho algo?

**JUAN**: ¿Yo? Nada, absolutamente. Siempre me demuestra un gran respeto. ¡Bah! ¡Cosas de sirvientes! ¡Es un sinvergüenza redomado! ¡Si estallara una sublevación, formaría en la vanguardia!

**TEODORO**: ¿En la vanguardia?

**JUAN**: ¡Sí! ¡Todo llegará! ¡Y en esa vanguardia formarán otros, muchos, los mejores, aunque en ella haya también gentuza como él!

**TEODORO**: ¡Quién sabe...! ¡Arderá la mecha, pero quizás no hasta el fin! ¡El pueblo todavía no escucha a estos sinvergüenzas!

**TEODORO**: ¡Efectivamente! ¡La burra de Balaam piensa extraviarse! ¡Sabe Dios hasta dónde pueden llegar las cosas!

**JUAN** (sonriendo): ¡Smerdiakov no hace más que almacenar ideas!

**TEODORO**: Demasiado sé que no nos puede ver. Ni a mí ni a nadie, aunque supongas que le ha dado por respetarte mucho, y en cuanto a Alejo, lo desprecia olímpicamente. Sin embargo, tiene la ventaja, de que no es ni ladrón ni chismoso: no cuenta nada fuera de casa. ¡Y no hay que olvidar que es un artista haciendo empanadas de pescado! ¡No merece la pena de que hables de él!

**JUAN**: ¡Es verdad!

**TEODORO**: ¡En lo tocante a sus ideas, siempre he creído que contra el mujik nada hay mejor que el palo y hacen bien los que de vez en cuando se lo aplican! ¡Por algo el mimbre ha sido la riqueza de la tierra rusa y perecerá ella si perecen sus plantas! ¡Nuestro mujik es un bribón, indigno de piedad! Yo prefiero al hombre inteligente. Hemos dejado de pegar al mujik por liberalismo, pero entre ellos, los mujiks continúan dándose latigazos y hacen bien... ¡Ay, querido, si supieras cuánto odio a Rusia, mejor dicho, a sus vicios... y tal vez a Rusia también! ¡Todo, todo es porquería! ¿Sabes lo que me gusta a mí? Pues la inteligencia, la gracia, el ingenio... (toma otra copa de coñac).

**JUAN**: Pero padre, ¿todavía bebe más? ¿No comprende que ha bebido de sobra?

**TEODORO**: ¡Déjame! ¡Tomaré dos copitas más...! ¡Pero me has interrumpido! Pasando por Monkroié me decía un anciano: "Nuestro verdadero placer consiste en condenar al látigo a las muchachas y encargar a los muchachos que ejecuten la sentencia. Después, ellos se casarán con las flageladas, de modo que para las muchachas hay un deleite en el suplicio. ¡Qué sádicos tan refinados ¿no?”(a Juan). ¿Creerás, Juan, que esta cuestión me atormenta? Adivino en tus ojos que no me crees. Piensas que no soy más que un bufón, como aseguran por ahí. (a Alejo) Y tú, Alejo, ¿piensas lo mismo?

**ALEJO**: No, padre. Yo no creo tal cosa.

**TEODORO**: Creo en tu sinceridad, hijo mío, y piensas bien. No le ocurre lo mismo a tu hermano Juan. Él es un presuntuoso. ¡Pero a pesar de tu bondad, me jode tu monasterio! ¡A esa canalla mística que ahoga Rusia habría que suprimirla de una vez! ¡Una multitud de imbéciles se convertiría a la razón y el oro afluiría a las cajas del Estado!

**ALEJO**: Pero, ¿por qué suprimir los monasterios?

**TEODORO**: ¡Para que la verdad se abra paso y resplandezca mucho más pronto!

**ALEJO**: ¿No se da cuenta, usted, de que tan pronto como resplandezca esa verdad, será usted el primer despojado y suprimido?

**TEODORO**: ¡Tal vez tengas razón! ¡Qué burro soy! ¡Nada, nada! ¡Que siga en paz tu monasterio, Alejo, si así son las cosas! Por lo menos, nosotros los inteligentes, podremos seguir saboreando el coñac, cómodamente sentados junto al fuego. (a Juan) Pero dime, Juan, ¿hay o no hay Dios? ¡Contéstame en serio! ¿Te ríes otra vez?

**JUAN**: Me río de su ingeniosa observación a Smerdiakov acerca de su creencia en los dos anacoretas capaces de mover montañas.

**TEODORO**: Esa creencia, sí o no, ¿es un producto de nuestra raza?

**JUAN**: ¡En efecto, así lo es!

**TEODORO**: Pero dime de una vez por todas ¿existe o no existe Dios?

**JUAN**: ¡No! ¡Dios no existe!

**ALEJO**: Si quieres, puedes empezar por la "otra fase" dado que acabas de proclamar que Dios no existe.

**JUAN**: Tal vez haya sido para hacerte rabiar. Hubo un viejo pecador en el siglo XVIII que dijo: “Si Dios no existe habría que inventarlo”. ¡En efecto, es el hombre quien ha inventado a Dios! Pero lo asombroso no es que exista en realidad sino que esa idea de la necesidad de un Dios, tan santa, tan delicada, tan sabia, que tanto honor hace a la humanidad, se le haya podido ocurrir a un animal tan maligno y feroz como el hombre. Hace mucho tiempo que yo he renunciado a averiguar si fue Dios quien hizo al hombre o si ha sido el hombre quien ha inventado a Dios. Admito pura y simplemente la existencia de Dios. Te aconsejo, querido hermano, que no te devanes los sesos con la existencia o inexistencia de Dios. Si Dios no existe todo estaría permitido.

**ALEJO:** (afligido) ¿Por qué dices eso?

**JUAN**: Porque creo que si no existe el diablo, y por lo tanto es una invención del hombre, no cabe duda de que lo ha creado a su imagen y semejanza también.

**TEODORO**: (a Alejo) Y tú, Alejo, ¿qué crees?

**ALEJO**: ¡Que sí, que Dios existe!

**TEODORO:** (a Juan) Y tú, Juan, ¿Crees en la inmortalidad del alma, por poco que sea?

**JUAN**: ¡Ni poco, ni mucho!

**TEODORO**: ¿Nada? ¿En absoluto, nada?

**JUAN**: ¡Nada! ¡Cero! ¡En absoluto!

**TEODORO:** (a Alejo) Y a ti, Alejo, ¿qué te parece? ¿la inmortalidad del alma, existe?

**ALEJO**: (fervoroso) ¡Por cierto! ¡La inmortalidad descansa sobre Dios! ¡Sin este no existe aquella!

**TEODORO:** (sonriendo maliciosamente) ¡Malo! Me parece que Juan tiene razón! ¡Señor, cuánta fe, cuánta lucha, cuánta energía perdidas en el mundo por esa quimera, y durante miles y miles de años! Pero, ¿quién es el que se burla de la humanidad de ese modo? (a Juan) Por última vez: ¿existe o no existe Dios?

**JUAN:** (tajante) ¡No! ¡Definitivamente, no!

**TEODORO:** (casi angustiado) Entonces, ¿quién es el que se burla del mundo entero?

**JUAN**: (soltando una carcajada) ¡Tal vez el diablo!

**TEODORO:** (sorprendido) Pero, ¿existe el demonio?

**JUAN:** (burlón) ¡Tampoco, padre! ¡Tampoco!

**TEODORO**: ¡Vamos, que el que inventó a Dios no pagaba con ahorcarse!

**JUAN**: ¡Pues sin ese mito no habría civilización!

**TEODORO:** (intrigado) ¿De veras? ¿De modo que sin Dios no habría...?

**JUAN:** (burlón) Ni tendría usted coñac…, que por cierto, ya tiene bastante…

**TEODORO:** (suplicando) ¡Espera un poco! ¡Otra copita! ¡Nada más que otra! (bebe otra copa) (a Alejo) ¿Te ofendí, Alejo…? ¡No me guardes rencor, hijo querido!

**ALEJO**: ¿Guardarle yo rencor? ¡Ni un tanto así! ¡Conozco muy bien su fondo, y sé que vale mucho más su corazón que su cerebro!

**TEODORO**: ¿Que vale mucho más mi corazón que mi cerebro, dices? ¿De quién son esas palabras? Oye, Juan, ¿tú quieres a Alejo?

**JUAN**: Claro que lo quiero.

**TEODORO**: (algo borracho) ¡Sí, quiérelo! (a Alejo) Oye, Alejo, ayer fui grosero con tu starest. Pero yo estaba excitadísimo. Sin embargo, creo que es un hombre talentoso. ¿No te parece, Juan?

**JUAN:** (haciendo un gesto de escepticismo) ¡Bah!... ¡Tal vez!

**TEODORO**: ¡No! ¡Tal vez, no! ¡Con toda certeza! Hay algo de Pirro, en él. Es un jesuita ruso. En el fondo, le indigna la máscara con que ha de revestirse forzosamente para desempeñar su papel.

**ALEJO:** (angustiado) ¡Sí, él cree en Dios!

**TEODORO:** (bebiendo otra copa de coñac) ¡Bah! No tiene ni una pizca de fe. Él mismo se lo dice a todo el mundo, o mejor dicho, a todos los hombres de talento que lo visitan en el monasterio. Al gobernador Schultz le declaró: "Creo, pero ignoro en qué”.

**ALEJO:** (angustiado) ¿Eso es cierto?

**TEODORO**: ¡Textual! Tiene algo de demonio. Es un sensual. Yo no estaría tranquilo si mi mujer o mi hija se confesaran con él. Además, ha estafado en mil rublos al comerciante Demidov.

**ALEJO**: ¿Cómo? ¿Estafado?

**TEODORO**: Sí, Demidov se los confió creyéndolo honrado. ¡Y el santo hombre se quedó con todo! (se detiene un momento, pensativo) ¡No… no…! Ahora caigo… no era el starest. Se trata de otro. Es que sin darme cuenta… (a Juan) Venga otra copita, la última. Después, llévate la botella (mirando a Juan, largamente) Y tú, Juan, ¿por qué no me interrumpes cuando me oyes mentir?

**JUAN**: ¡Contaba con que usted mismo se rectificaría!

**TEODORO**: ¡No, has callado con mala intención porque en el fondo me desprecias! ¡Has vuelto aquí para arrojarme tu desdén a la cara!

**JUAN**: ¡Me iré, padre! Parece que el coñac se le ha subido a la cabeza.

**TEODORO**: Te he rogado insistentemente que vayas a Tchermachnia y no me obedeces. No quieres ir. ¡Te quedas aquí para espiarme!

**JUAN**: Partiré mañana, puesto que usted así lo desea.

**TEODORO**: ¿Por qué me miras así? ¡Tus ojos me insultan, me están diciendo: '’viejo borracho”. ¡Respiran desconfianza y desprecio! ¡Eres un zorro! (volviéndose hacia Alejo). En cambio, ¡mira qué limpia es la mirada de Alejo! ¡Él no me desprecia (a Alejo). Alejo, hijo mío: ¡cuidado con imitar a Juan!

**ALEJO:** (afligido) ¡Padre, no se enoje con mi hermano! ¡No lo ofenda más!

**TEODORO**: ¡Está bien! ¡Lo que tú quieras! (agarrándose la cabeza). ¡Qué dolor de cabeza tengo! (a Juan) ¡Llévate el coñac! ¡Es la tercera vez que te lo digo! (pausa, como si reflexionara) ¡No te enojes con este viejo! ¡Ya sé que no me quieres, pero no te enojes conmigo! ¡Comprendo que tienes demasiadas razones para no quererme! ¡Vete a Tchermachnia! Allí me reuniré contigo y te haré un buen regalo: ¡te mostraré una hermosa chica en la que he puesto los ojos hace tiempo! ¡Va descalza, como van todas las muchachas del pueblo! ¡Pero es una verdadera perla! (se besa la mano con lascivia) ¡Ah, para mí no hay mujer despreciable! Ese es mi lema ¿Comprendes? ¡No, ustedes no podrán comprenderlo! ¡Por las venas de ustedes no corre sangre sino hielo! ¡No hay mujer que no tenga algo interesante y algo personal! El talento del hombre consiste en saber encontrarlo. Para mí no hay mujer fea. ¡Basta con que tenga sexo! ¿Les indigna la teoría? ¡Pues hasta las solteronas rancias tienen encantos insospechados! Por eso me pregunto: ¿cómo ha podido tanto imbécil dejarlas envejecer sin hacer caso de ellas? Se comienza por la conquista de una de esas desarrapadas. Esas pobrecitas se atontan al ver cómo todo un señor les acaricia la barbilla, los pechos, los muslos. ¡Por fortuna, siempre hay amos que a todo se atreven y siervas que obedecen a todo! ¡Quizás con esto baste para ser feliz en la Tierra! ¡Por cierto, Alejo, que, con tu difunta madre, mi táctica era distinta hasta el punto de dejarla pasmada! Privada de mis caricias durante unos cuantos días, de pronto me volvía expansivo: me arrodillaba ante ella, le besaba cariñosamente los pies hasta conseguir arrancarle ciertas risitas convulsivas, agudas, pero poco ruidosas. Yo sabía que así se iniciaban sus crisis y que al día siguiente gritaría como una endemoniada... Quien sabe buscar, siempre descubre algo. La tenía que llevar al monasterio para que los frailes, poniéndole una estola sobre la cabeza, le rezaran unas cuantas oraciones para que se calmara. Por lo demás, te juro, Alejo, que jamás ofendí a mi pobre poseída... (rectificándose) ¡No! ... ¡No! ... Una sola vez..., al primer año de nuestro matrimonio; como rezaba mucho y observaba rigurosamente las fiestas de la Virgen, me negaba sistemáticamente la entrada a su alcoba. Para curar su beatitud, tomé una imagen de la Virgen y le dije: “¿Ves esta imagen? ¿Crees que es milagrosa? Pues vas a ver cómo la escupo delante de ti y no me ocurrirá nada”. Yo creí que me mataría, ¡pero no: juntó las manos solamente, ocultó el rostro en ellas y presa de un temblor, cayó pesadamente al suelo! (Alejo, al escuchar el relato se ha llevado lentamente las manos a la cara y luego de ponerse a temblar, cae al suelo desmayado). ¡Alejo…! ¡Alejo!... ¿Qué te ocurre? (a Juan): ¡Juan! ¡Juan! ¡Agua por Dios…! ¡Lo mismo que su madre! ¡Rocíale la cara…! ¡Así hacía yo con ella…! ¡Mi relato lo ha trastornado!

**JUAN**: ¡Su madre, su madre! ¿Acaso su madre no es también la mía?

**TEODORO**: ¿Cómo? ¿tu madre?... ¿Por qué dices eso? ¿Acaso ella…? Sí, hombre, sí! ¡Claro está…! ¡Qué demonios! ¡Naturalmente que también es tu madre! ¡En qué estaba pensando! ¡Qué cabeza la mía! ¡Perdóname, Juan, yo no creía…! ¡Je…je…je! (Alejo vuelve en sí). (en el exterior se escuchan voces que discuten violentamente y unos pasos que se aproximan). (a Juan). ¡Es él, Demetrio! ¡Juan, no me abandones, viene a matarme! ¡Socorro! ¡Viene a matarme! (se esconde, temblando, detrás de Juan).

**DEMETRIO:** (entrando, seguido de Gregorio y de Smerdiakov) ¡Ahí está escondida! ¡Es ahí donde está!

(Gregorio trata de interponerse, Demetrio le da una bofetada al anciano. Smerdiakov, pálido y tembloroso, se retira hasta el lugar donde está Teodoro Karamazov, el padre, y se coloca a su lado).

**DEMETRIO:** (a su padre) ¡Sí, aquí está! ¡Acabo de ver cómo se dirigía hacia aquí, pero no pude alcanzarla! (al padre) ¿Dónde está?

í

**TEODORO**: (gritando, espantado) ¡Detenedlo! ¡Detenedlo!

(Juan y Alejo Karamazov acuden a los gritos del padre y lo rodean. Demetrio sale furioso).

**TEODORO**: ¡Socorro! ¡Socorro!

**JUAN**: ¿Cómo te atreves? ¿No comprendes que podrías matarlo?

**TEODORO**: ¡Alejo! ¡Juan! ¡Ahí está Grushinka! ¡Él mismo ha dicho que la ha visto entrar!

**JUAN**: ¡Qué disparate! ¿No has visto que no ha venido?

**TEODORO**: ¡Tal vez por la otra puerta!

**JUAN**: La otra puerta está cerrada, y usted mismo tiene la llave en el bolsillo…

(Demetrio regresa furioso).

**TEODORO:** (al ver otra vez a Demetrio) ¡Agárrenlo! ¡Seguramente me ha robado el dinero que tengo en el dormitorio! (se deshace de los brazos de Juan y Alejo y se lanza sobre Demetrio quien lo toma violentamente y lo arroja al suelo. Ya en el suelo le da dos patadas en la cara. La víctima lanza un profundo gemido. Juan y Alejo corren y lo abrazan, apartándolo del cuerpo de su padre).

**JUAN:** (gritando) ¡Lo has matado! ¡Estás loco! ¡Estás loco!

**DEMETRIO**: ¡No merece otra cosa! ¡Y conste que si no lo he matado, volveré y lo aplastaré! ¡Ustedes no lo librarán de mi odio!

**ALEJO:** (con firmeza) ¡Demetrio, márchate!

**DEMETRIO:** (jadeando) ¡Escúchame, Alejo! ¡Solo en ti confío! ¡Dime si Grushinka ha estado aquí! La he visto bordear la empalizada y desaparecer en esta dirección. La he llamado y ha huido de mí…!

**ALEJO**: ¡Te juro que no ha estado aquí y que, además, nadie la esperaba!

**DEMETRIO**: Entonces, ¿cómo es que la he visto? ¿Será que...? ¡Ah, no tardaré en saber dónde está! ¡Adiós, Alejo! No hables para nada del dinero con el viejo. ¡Vete enseguida a casa de Catalina y dile: "Demetrio me ha encargado que la salude y la vuelva a saludar en su nombre" ¿Oyes? "¡Que la salude y la vuelva a saludar!” ¡Además, no dejes de contarle toda esta escena…! (dirigiéndose al padre caído)! ¡No me pesa no haber vertido tu sangre! ¡Y ten cuidado, viejo! No acaricies esa ilusión; mira que yo también tengo la mía! ¡Te maldigo y reniego de ti para siempre! (sale precipitadamente. Gregorio y Juan levantan a Teodoro Karamazov y lo recuestan en un sofá, Smerdiakov se aproxima tímidamente)

**TEODORO:** (a Smerdiakov, con voz ronca) ¡Está aquí! ¡Está aquí!

**JUAN:** (gritándole con rabia) ¡Te digo que no está aquí, viejo insensato…! ¿Por qué no te desmayas ahora? (a Smerdiakov) ¡Pronto, una toalla! ¡Pronto, Smerdiakov, trae agua! (Smerdiakov se marcha).

**ALEJO:** (a Gregorio) ¡Gregorio, cúrate también los golpes que has recibido en la cabeza!

**GREGORIO:** (con voz doliente) ¡Sí, se atrevió a golpearme!

**JUAN**: ¡Qué vas a importarle tú, cuando se atreve con su propio padre!

**GREGORIO:** (plañidero) ¡Yo lo cuidaba y lo mimaba cuando era niño! ¡Se atrevió a levantarme la mano!

**ALEJO**: Nosotros cuidaremos a nuestro padre. Ve a cuidarte.

**JUAN**: ¡Si no llego a sujetarlo, lo mata! ¡No necesita mucho el viejo, para morir!

**ALEJO**: ¡Que Dios lo guarde!

**JUAN:** (con rabia) ¿Que Dios lo guarde? ¿y para qué? ¡Que se devoren los reptiles entre ellos! ¡Ese es su destino! (Alejo hace un gesto de repugnancia) No. No consentiré que lo mate. Lo defenderé siempre, como ahora. (a Alejo) ¡Quédate aquí, Alejo, un momento: yo voy un rato al jardín! Ahora me ha dado un fuerte dolor de cabeza (se marcha).

(Alejo se aproxima lentamente al sofá donde está el padre, toma un taburete y se sienta en la cabecera. Teodoro abre los ojos y dice en voz baja, con cierta desconfianza):

**TEODORO**: Alejo, ¿dónde está Juan?

**ALEJO**: Está en el patio. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Además, vigila y nos cuida.

**TEODORO:** (quejoso) Dame ese espejito que está ahí, sobre la cómoda. (Alejo obedece y le alcanza un espejo de mano) ¡Alejo, mi amado, mi único hijo!, ¿qué dice Juan? ¡Casi le tengo más miedo que a Demetrio! ¡Solo tú no me das miedo!

**ALEJO**: ¡No tema usted, a Juan! ¡Se enoja a veces, pero lo defenderá siempre!

**TEODORO**: ¿Y Demetrio? ¡Seguro que fue a casa de Grushinka! ¡Ángel mío, dime la verdad! ¿Ha venido aquí Grushinka?

**ALEJO**: ¡Nadie la ha visto! ¡Todo ha sido pura ilusión!

**TEODORO**: ¿Sabes que Demetrio quiere casarse con ella?

**ALEJO**: Pero Grushinka lo rechazará.

**TEODORO**: (anhelante). Sí, se negará, ¿verdad? ¡Por nada del mundo ella lo consentirá (tomándole las manos) Mira, hijo, toma esa imagen de la Virgen de la que antes te hablaba y guárdatela: te la doy. ¡Y vuelve esta noche al monasterio, si es tu deseo! Lo que te dije antes era pura broma, no te enojes… ¡Me duele mucho la cabeza! ¡Tranquilízame, por Dios, Alejo! ¡Sé mi ángel bueno! ¡Dime la verdad…!

**ALEJO:** (con tristeza) ¡Siempre la misma idea! Si vino o no Grushinka, ¿verdad?

**TEODORO**: ¡No, sí te creo! ¡Pero ve a su casa o procura verla! (ansioso). Pregúntale a quién de los dos prefiere. ¡Trata de sondear su ánimo, de adivinar su secreto!, ¿quieres hacerlo?

**ALEJO**: Se lo preguntaré si la veo.

**TEODORO:** (gimiendo) ¡No te lo dirá! ¡Es una niña caprichosa! ¡Empezará por abrazarte y decirte que al que quiere es a ti! ¡Es ladina y descarada! (de golpe, serio) ¡No! ¡No puedes ir allí!

**ALEJO**: ¡Es cierto, no estaría bien que yo fuera!

**TEODORO:** (de nuevo ansioso) ¿Adónde te enviaba Demetrio cuando te dijo: "Vete allí"?

**ALEJO**: **¡**A casa de Catalina Ivanovna!

**TEODORO**: ¿Para pedirle dinero?

**ALEJO**: No, no era para eso.

**TEODORO**: ¡Demetrio no tiene ni un kopek! Ahora vete, Alejo, si quieres; déjame solo, meditaré lo que debo hacer. ¡Ahora tal vez la encuentre! Vuelve mañana temprano, sin falta, quiero decirte una cosa, ¿vendrás?

**ALEJO**: Sí, padre. Vendré…

**TEODORO**: ¡Vuelve, pero como si tu visita fuere tan solo para saber cómo estoy! A nadie le digas, ni siquiera a Juan, que yo te he hecho venir, ¿lo oyes?

**ALEJO**: A nadie le diré nada.

**TEODORO**: ¡Adiós, ángel mío! ¡Nunca olvidaré que me has defendido! ¡Mañana te diré una cosa y no lo hago ahora porque quiero pensarlo bien!

**ALEJO**: ¿Cómo se siente, usted, ahora?

**TEODORO**: ¡Mañana estaré completamente bien, y de pie, como si nada hubiera ocurrido!

(Alejo se levanta, saluda a su padre y se retira. El sofá donde está acostado el viejo Teodoro se desvanece. Alejo, antes de salir, se encuentra con Juan que vuelve del jardín)

**JUAN**: Oye, Alejo, quisiera verte mañana.

**ALEJO**: Mañana iré a casa de Catalina, si no puedo verla ahora.

**JUAN**: ¿Pero, vas allí? ¡Ya lo he oído! Vas a saludarla.

**ALEJO:** (turbado) Sí... Sí...

**JUAN**: Me parece haber comprendido el sentido de la exclamación de Demetrio y también el sentido de todo lo ocurrido hasta hace un momento. Te ha rogado que vayas a verla para decirle que... bueno, en pocas palabras, para despedirse de ella.

**ALEJO**: ¡Ay, Juan! ¿Cómo terminará esta terrible pesadilla entre nuestro padre y Demetrio?

**JUAN**: ¡Es difícil adivinarlo! ¡Quizás termina sin que ocurra nada! ¡Pero esa mujer es un monstruo! ¡De todas maneras es indispensable que nuestro padre no salga de casa y que Demetrio no ponga los pies aquí!

**ALEJO**: Permíteme, Juan, una pregunta ¿Tenemos derecho a juzgar a nuestros semejantes y decidir qué vida es digna de respeto y de desprecio?

**JUAN**: ¿Qué importa ahora esta estimación de los méritos de cada cual? El corazón humano no se cuida de los méritos de nadie. Sus impulsos se funden en cosas más naturales, menos complicadas. Y en cuanto al derecho..., ¿quién puede quitarnos el derecho de desear tal o cual cosa?

**ALEJO**: ¡Pero no la muerte del prójimo!

**JUAN**: ¿Por qué no? ¿Para qué mentirnos a nosotros mismos cuando todos viven así y no pueden vivir de otro modo? ¿Acaso recuerdas mis palabras de antes: "Que los reptiles se devoren entre ellos". ¿Me crees capaz, como Demetrio, de derramar la sangre de nuestro viejo padre, de matarlo?

**ALEJO**: ¿Qué dices, hermano? ¡Jamás se me ocurrió tal idea! Tampoco creo que Demetrio...

**JUAN**: ¡Gracias, Alejo! ¡Lo defenderé siempre! Pero, en este caso, dejo libre mi corazón para que manifieste sus anhelos. ¡No me juzgues mal, no me tengas por un malvado...

(Ambos se abrazan, Juan se marcha. Cuando Alejo se dispone a hacerlo escucha que su padre lo llama)

**TEODORO**: ¡Alejo! ¡Escucha! (Alejo se vuelve). Te dije que mañana vinieras. ¡Fue una tontería! ¿Juan se ha ido? Hace todo lo posible por robarle la novia, Catalina, a Demetrio. ¡No ha venido a otra cosa!

**ALEJO**: ¿Acaso se lo ha dicho él mismo?

**TEODORO**: ¡Sí, hace por lo menos tres semanas! ¡Desde luego, no ha venido para asesinarme a traición!

**ALEJO**: ¿Por qué habla usted así, padre?

**TEODORO**: ¡Lo cierto es que no me pide dinero! Hace bien, por supuesto, porque tampoco se lo daría! ¡Querido Alejo, tengo el firme propósito de vivir todos los años que pueda! ¡Pueden todos tomar buena nota de ello! ¡Por lo tanto, necesito todo mi dinero, y cuanto más viejo me haga, más dinero necesitaré! ¡Con mis sesenta años, conservo toda mi energía, y pienso durar unos veinte años más, ¡pero iré arrugándome, envejeciendo, haciéndome repulsivo, y en esas condiciones, si me han de hacer caso las mujeres, no será por capricho! Habré de pagar caro sus caricias, convencerlas con oro; por eso acaparo todo el que puedo, y para mí solo, querido hijo: sépanlo bien todos. ¡Quiero vivir, hasta el fin de mis días, en pleno libertinaje, ya que no hay existencia más agradable! ¡La gente condena ese libertinaje, pero todo el mundo se entrega a él, aunque en forma oculta, mientras que yo me divierto sin hipocresías, a pierna luz, y esa franqueza es la que me echan en cara y es la razón por la cual todos se levantan contra mí y murmuran! ¡En cuanto a tu paraíso, guárdatelo todo para ti; no me interesa! ¡Ese no es un lugar para un hombre cabal! ¿Sabes lo que significa para mí la muerte? ¡Pues un sueño del cual no se despierta! Una vez muerto, hagan decir una misa, si quieren, en sufragio de mi alma; ¡y si no lo hacen, mejor aún! ¡Qué me importa! Esa es mi filosofía: hace un rato habló Juan, largo y tendido de este asunto, ¡pero estábamos borrachos! ¡No es más que un charlatán, sin erudición ni talento! ¡Calla, se ríe de todos los demás y ese es todo su mérito! (Teodoro hace una pausa para tomar aliento) Juan no me revela todo lo que piensa. ¡Si habla es para darse aires de burlón y sabihondo. ¡Tu hermano Juan es un miserable! ¡Me casaré con Grushinka enseguida, si se me antoja, pues el oro todo lo puede, ¿sabes, Alejo? ¡y eso es, precisamente, lo que teme Juan! Me vigila, lo impulsa a Demetrio para que se case con Grushinka para frustrar mi matrimonio, con la esperanza de heredarme si no me caso. Su proyecto es diabólico: casar a Demetrio con Grushinka y luego, casarse él con Catalina, la novia rica. ¡Tu hermano Juan es un miserable!

**ALEJO**:¿Por qué habla usted así, padre? Tiene rabia, sin duda, por lo ocurrido ¡Debería acostarse!

**TEODORO**: ¡Si fuera otro quien me hablara, Juan por ejemplo, me indignaría! ¡Tú eres el único con quien he pasado algún momento feliz! ¡Soy muy malo, hijo mío!

**ALEJO:** (afligido). No, no es usted malo. ¡Tiene una falsa idea de las cosas, nada más!

**TEODORO**: ¡Escucha, iba a dar órdenes para que detuvieran a ese bandido de Demetrio, pero no sé qué hacer! Indudablemente, en esta época el respeto a los padres ha pasado de moda. ¡Pero las leyes aún defienden los viejos principios y no consienten que un hijo le dé patadas en la cara a su padre! ¡Y que lo amenace de muerte delante de testigos! ¡Lo ocurrido me bastaría para destruirlo!

**ALEJO:** (afligido) ¡Pero usted, padre, no lo denunciará!

**TEODORO**: ¡Juan me ha convencido! ¡No es que le haga caso a Juan! ¡Es que hay otra cosa! (acercándose a Alejo y hablándole en tono confidencial). ¡Si hago prender a ese sinvergüenza, Grushinka volará a su lado. ¡En cambio, si sabe que me ha agredido a mí, a un débil anciano, tal vez lo abandone y venga a verme! ¡Así es ella; la conozco a fondo! ¡Siempre le hace caso a su espíritu de contradicción! (cambiando repentinamente). ¿Quieres un poco de coñac? ¡Toma una taza de café frío, le añadiré un dedillo de coñac; eso le da buen gusto!

**ALEJO**: ¡No, gracias! ¡Me llevaré este pan pequeño, si usted me lo permite! (toma un poco de pan de una panera) (al padre) ¡No beba más coñac

**TEODORO:** (dejando la botella) ¡Tienes razón: me irrito más! Pero tan solo una copita! (toma de nuevo la botella) ¿Y qué daño puede hacerme otra copita?

**ALEJO:** (fingiendo alegría): ¡Ya ve; puede corregirse!

**TEODORO**: ¡Hum! Te quiero lo mismo, beba o no coñac! En cambio, soy un canalla con los canallas. ¡Juan se niega a ir a Tchermachnia, donde lo mandé! Quiere espiarme. ¡Quiere saber cuánto dinero le daré a Grushinka, si viene! ¡Todos, todos son unos miserables! ¡Maldigo a Juan! Además, no lo comprendo. ¿De dónde viene? Su alma no es como la nuestra. Cuenta con la herencia, pero se equivoca: no dejaré testamento, ¿sabes? ¡En cuanto a Demetrio, lo aplastaré como a una cucaracha, como las que aplasto bajo mis zapatillas por las noches! ¡Así reventará tu Demetrio! Y digo tu Demetrio, porque sé que lo quieres... aunque eso no me importa. Si fuera Juan quien lo quisiera, tendría miedo! ¡Pero Juan no quiere a nadie; no es de los nuestros, no se parece a nosotros, ni a mí! La gente como él no es más que polvo que sopla el viento. Pues el viento se lo lleva y lo disipa. Si te dije hace un rato que volvieses, fue tan solo para preguntarte si crees que dándole al canalla de Demetrio mil o dos mil rublos, ¿se iría por cinco años? ¿Crees que renunciaría a Grushinka a cambio del dinero?

**ALEJO**: ¡Si le conviene saberlo, yo se lo puedo preguntar! ¡Tal vez por tres mil rublos!

**TEODORO**: ¡No! ¡Ahora no! ¡No le digas nada! Lo he pensado pero fue una chifladura! ¡No le daré ni un céntimo; necesito todo mi dinero! (hace un gesto expresivo) ¡Pero pase lo que pase, lo aplastaré como a una cucaracha! ¡No me preguntes más! Además, tú no tienes nada que hacer aquí. ¡Puedes marcharte! pero oye: ¿se casa o no con su famosa Catalina Ivanovna, a la que oculta tan cuidadosamente? Sé que has ido a su casa.

**ALEJO**: ¡Por nada del mundo quiero abandonarlo!

**TEODORO**: ¡Esas señoritas delicadas y sensibles, se enamoran de unos tipos! Les da por amar a juerguistas y sinvergüenzas. La verdad es que ellas también sirven para muy poca cosa…¡Qué ocurrencia la de esa mujer! Si yo tuviera la juventud de Demetrio y la misma cara de aquellos años ‒porque yo era mucho más buen mozo cuando tenía veinticinco años‒, alcanzaría uno de mis éxitos! ¡Canalla...! ¡No se llevará a Grushinka, no! ¡No se la llevará! ¡Lo trituraré! (jadeando de rabia) ¡Y tú, vete también! ¡No tienes nada que hacer aquí!

**ALEJO:** (aproximándose a su padre y besándolo en la frente): ¡Adiós, padre!

**TEODORO** (seco): ¡Adiós! ¿Crees acaso que volveremos a vernos? ¿Crees que esta es nuestra última conversación?

**ALEJO**: ¡Nada de eso, padre!

**TEODORO**: Bueno, tampoco mi pregunta tiene importancia! Oye, ven a comer otra vez una de esas famosas sopas de pescado. Ven mañana, ¿me oyes?

(Alejo hace un gesto de "sí" con la cabeza y se aleja. Pausa. Smerdiakov penetra solapadamente en la habitación y se detiene frente a Teodoro).

**TEODORO**: (levantando la cabeza). ¡Te dije que te marcharas!

**SMERDIAKOV**: Le obedecí. Pero ahora tiene que acostarse. Está muy golpeado *y* debe descansar.

**TEODORO**: Escucha, no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

**SMERDIAKOV**: No debe beber. Tiene que estar bien para mañana.

**TEODORO:** (comenzando a interesarse) ¿Para mañana? ¿Por qué? ¿Te dijo ella que vendrá mañana?

**SMERDIAKOV:** (misterioso). Todo puede ser…

**TEODORO:** (levantándose de la mesa y yendo hacia él, intrigado) Cómo “puede ser”. ¿Sabes algo? ¿Te ha dicho algo ella?

**SMERDIAKOV**: Ya le dije. Me contestó: "Dile a Teodoro que un día de estos iré por su casa”.

**TEODORO:** (cada vez más ansioso) ¿Un día de estos?

**SMERDIAKOV**: O una noche de estas... Ya no me acuerdo... Sí, me dijo, ahora que me acuerdo: "Una noche de estas".

**TEODORO**: ¿Pero no te dijo cuándo?

**SMERDIAKOV**: Puede ser mañana o pasado. Ya sabe usted cómo es Grushinka.

**TEODORO**: Será de noche, muy tarde, para que no la vean. No quiere que la gente murmure más de ella...

**SMERDIAKOV:** (sibilino) Es posible...

**TEODORO**: Ya te dije que tienes que estar atento... No te duermas…

**SMERDIAKOV**: Me mantengo despierto hasta muy tarde. Además tengo un oído fino... Hasta el viento en las hojas del jardín me despierta.

**TEODORO**: En cuanto sientas que llega, avisas… ¿Le dijiste que tengo el dinero para ella... los tres mil rublos...?

**SMERDIAKOV**: Se lo dije…

**TEODORO:** (cada vez más ansioso) ¿Y qué te dijo?

**SMERDIAKOV**: Sonrió con satisfacción… Pero ahora vaya, a la cama... Es muy tarde... Esta noche, seguramente no habrá de venir…

**TEODORO**: Los tres mil rublos que le prometí están en un sobre (se dirige hacia unos íconos). Al sobre lo he guardado detrás de esos íconos. Nadie los podrá encontrar… No quiero que ninguno de mis tres hijos sepan dónde está el sobre. Me podrían robar el dinero. Sobre todo, ese canalla de Demetrio…

**SMERDIAKOV**: Nadie lo sabrá…

**TEODORO**: Solo tú, pero tu silencio será bien recompensado...

**SMERDIAKOV:** (con desgano) Ya lo sé... Pero ahora vaya a la cama... Yo le ayudaré, casi no puede caminar, por los golpes y por todo el coñac que ha tomado. ¡Vamos!

(Lo levanta de la mesa, le pasa una mano por debajo de la axila y comienza a llevárselo, casi a la rastra).

**OSCURIDAD**

SEGUNDO ACTO

*(Sala de audiencia del tribunal. Los testigos, el acusado, el Presidente del tribunal, el Fiscal y el abogado defensor ocupan sus respectivos lugares y están inmóviles al levantarse el telón. Los miembros del jurado, a la izquierda, como los conjueces que acompañan al Presidente del tribunal; y el público, ubicado a la derecha, serán maniquíes o figuras pintadas sobre cartones gruesos o maderas).*

**EL PRESIDENTE**: ¡Pase a declarar el teniente retirado Demetrio Karamazov!

(Demetrio se aproxima a la barra)

**DEMETRIO**: ¡Yo no he matado a mi padre! ¡No he derramado su sangre…! ¡Pensé matarlo, pero soy inocente! ¡No he sido yo!

**EL FISCAL**: ¿De modo que usted afirma que es inocente de la muerte de su padre, Teodoro Karamazov?

**DEMETRIO**: ¡Soy inocente! ¡Quiero explicar los móviles que me impulsaron a llegar a la casa de mi padre aquella fatídica noche!: Catalina Ivanova, de quien creía estar enamorado, me confió la suma de tres mil rublos para que se la enviara a su hermana que vive en Moscú. No lo hice de inmediato. Yo estaba enamorado de otra mujer, Grushinka. Yo sabía que me amaba. ¿Cómo? No sabría decirlo. Pero el corazón me decía que era a mí a quien amaba. No me importaba su pasado. Lo sabía todo. Ella misma me lo confesó. Su amor era como un golpe de mar, como el viento boreal que sopla en el invierno y yo era la última hoja del otoño que se aferraba al árbol. Luchaba. Mi deber era serle fiel a Catalina. Pero mi pasión me llevaba como un barco sin timón hacia Grushinka. Un día me confesó que el hombre que la sedujo siendo una adolescente, estaba de regreso. Había enviudado y quería reparar el daño que había hecho. La esperaba en Mokroié, una aldea a cincuenta verstas de esta ciudad. Yo la seguí. Llevaba conmigo los tres mil ru­blos que me había confiado Catalina. Los llevaba en una bolsita colgada alrededor de mi cuello. La noche anterior a la partida, Smerdiakov me dijo que Grushinka iría a visitar por la noche a mi padre, que él tenía debajo de su almohada seis mil rublos para ella si pasaba la noche con él. Los celos pudieron más. Fui. Grushinka no estaba. No pude localizar a mi padre. Juro que esa noche estaba dispuesto a todo. Pero no lo encontré. Me volví. Cuando iba a saltar la empalizada de la huerta, alguien me agarró del pie izquierdo y me hizo trastabillar. Tomé la mano del almirez de bronce que llevaba en el bolsillo para golpear a mi padre y, creyendo que era él, lo descargué con fuerza en la cabeza de quien me había derribado de la cerca. Me volví para ver quién era. Seguía creyendo que era mi padre, ¡pero no! Había derramado sangre de otro anciano: de Gregorio. ¡Le limpié el rostro con mi pañuelo y me lo guardé en el bolsillo! Entonces hui a Mokroié, donde sabía que mi amada cambiaría de opinión. Luego ambos huiríamos, al Asia o América, pero lejos. Cuando llegué gasté mil quinientos rublos, la mitad de lo que me había dado Catalina Ivanova para su hermana, en dar una fiesta: hice traer bebidas, convoqué a una orquesta de gitanos e invité a muchachos y muchachas de la aldea. Era mi fiesta de despedida.

(Las luces del tribunal se apagan lentamente y se encienden en el salón azul de la posada de Mokroié. A lo lejos se escuchan voces, gritos y ruidos de gente que baila al compás de una orquesta de gitanos. En el centro hay una cama de matrimonio. Grushinka, tirada en ella, solloza. Demetrio entra en la habitación, se queda un momento mirándola. Luego se acerca y le toma una mano).

**GRUSHINKA**: ¡Demetrio! ¡Demetrio! ¡Él era a quien he amado! ¡No he dejado de amarlo en estos últimos cinco años! ¡Pero ahora, no sé si era su amor o mi deseo de vengarme lo que acariciaba! ¡Sí! ¡Lo amaba! Si dijera lo contrario, mentiría. ¡Cuando lo conocí y me sedujo, yo tenía diecisiete años, Demetrio! ¡Era tan cariñoso y tan alegre! ¡Me arrullaba con sus canciones… o así lo creía yo, necia de mí…! Ahora, Dios mío, ya no es el mismo, ni su cara es la misma, tanto que ni siquiera lo reconozco. Cuando venía, pensaba: “¿Cómo le hablaré? ¿Qué le diré? ¿Qué se dirán nuestros ojos?”. Pero al verlo, me pareció que una ducha fría me helaba el alma. No se me ocurría decirle nada. ¿Por qué? ¡La mujer por la cual me dejó lo ha envilecido! ¡Qué vergüenza, Demetrio! ¡Malditos sean estos cinco años que han pasado! (Demetrio hace ademán de marcharse. Grushinka lo retiene de una mano y se incorpora) ¡Demetrio, amor mío, no te marches! ¡Quiero hablarte! (se pone de pie). ¿Adivina a quién amo? (sonríe y se seca las lágrimas) ¿A quién? Cuando entraste desfalleció mi espíritu. "Tonta ‒me dijo el corazón‒, ahora es cuando llega tu amado". Pero tenía miedo, apenas si podía hablar. ¡Estaba enamorada de ti y no lo sabía! (lo rodea con sus brazos) ¿Me perdonas? ¿Me amas? ¿Me amas ahora? ¿Me perdonas todo lo que te hice sufrir? ¡Mi maldad los torturaba a todos! ¡Por maldad he enloquecido a tu padre! ¡Demetrio! ¿Por qué no me besas? (se acerca y lo besa) ¡Bésame! ¡Bésame más fuerte! (Demetrio permanece impasible). ¡Sí! ¡El amor es rendición! ¡Desde ahora seré tu esclava! ¡Hazme sufrir! ¡Haz de mí lo que quieras! (se desprende de los brazos de Demetrio y lo mira unos instantes) ¡Vete, Demetrio, voy a beber, quiero embo­rracharme…! ¡Luego bailaré borracha! (se dirige a una mesita donde hay una botella de champagne y bebe largamente. Demetrio la contempla desorientado. Luego, se deja caer en la cama. Grushinka se aproxima y se acuesta a su lado) ¿No te has dado cuenta de que mientras dormías te he besado? ¡Estoy borracha! (Demetrio la mira largamente). ¿Por qué no bebes?

**DEMETRIO:** (conteniendo su pasión): ¡Estoy borracho, pero de ti! ¡Ahora estaré borracho de vino! (se levanta y bebe de la botella).

**GRUSHINKA**: Demetrio, ¡no me des más vino aunque te lo pida! ¡El vino me trastorna, me marea…! Pero quiero bailar. Verás qué bien bailo (se lanza al medio de la escena con un pañuelo en la mano y comienza a bailar al compás de la orquesta de gitanos que se escucha a lo lejos. Demetrio va hacia ella y la acompaña, en la danza voluptuosa, sensual. Después de unos instantes se deja caer en brazos de Demetrio) ¡Demetrio! ¡Llévame contigo! ¡Sácame de aquí…! (Demetrio la toma en sus brazos, la levanta y la deposita en la cama. Intenta besarla. Ella lo rechaza). ¡Déjame! ¡No me toques! ¡No me toques antes de ser tuya! ¡Te he prometido ser tuya! ¡Respétame!

**DEMETRIO**: ¡Te obedezco…! ¡Ni con el pensamiento! ¡No temas! (se arrodilla al borde de la cama).

**GRUSHINKA**: ¡Sé lo noble que eres a pesar de tu rudeza! ¡Seamos buenos y discretos para diferenciarnos de las bestias! Llévame lejos, muy lejos…! ¿Me entiendes?

**DEMETRIO:** (estrechándola de nuevo entre sus brazos) ¡Sí! ¡Sí! ¡Vendrás conmigo! ¡Partiremos…! ¡Daría el resto de mi vida por pasar un año contigo y… por saber si aquella sangre…

**GRUSHINKA** (apartándolo de golpe): ¿Qué sangre?

**DEMETRIO**: ¡Nada! (pausa). Hablas de vivir honradamente...y soy… un ladrón y un asesino. ¡He robado a Catalina! (se toma la cara entre las manos). ¡Oh, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

**GRUSHINKA**: ¿A Catalina? ¿A esa señorita? ¡No, no le has robado nada! ¡Toma mi dinero y restitúyeselo! ¿Por qué protestas? ¡Todo lo que es mío te pertenece! ¿Para qué sirve el dinero? Nosotros lo derrocharemos sin darnos cuenta. Después, si es preciso, trabajaremos la tierra. ¿Me oyes? ¡Yo no seré tu amante, sino tu mujer, tu esclava! Trabajaré para ti. Visitaremos a esa señorita, le pedirás perdón y nos iremos. Y si se niega a perdonarnos, peor para ella. Devuélvele el dinero y ámame. Olvídala. Si todavía la quisieras, la estrangularía... ¡Le sacaría los ojos con una aguja!

**DEMETRIO**: ¡Solo a ti, a ti te amo! ¡A ti sola! ¡Nos refugiaremos en Siberia!

**GRUSHINKA**: (sorprendida) ¿En Siberia? ¿Por qué? (mutación) ¡Sí! ¡Donde tú quieras! ¿Qué me importa el lugar? Trabajaremos en aquellas tierras de nieve... Me gusta viajar por la nieve... Me gusta escuchar los cascabeles del trineo... ¿Los oyes? ¡Por ahí suenan…! ¿Dónde será? Viajeros, tal vez, que pasan... Ahora ya no suenan más (se deja caer de espaldas en la cama, cierra los ojos y simula estar dormida. De pronto, se escuchan pasos afuera. Demetrio se pone de pie de un salto, Grushinka abre los ojos). ¿Qué ocurre? ¿He dormido? ¡Ah, sí! Los cascabeles… ¡He soñado que viajaba por la nieve! ¡Los dos íbamos lejos, muy lejos! Enamorada, yo te besaba y me apretaba contra tu cuerpo, tenía frío... ¡AI despertar, mi bien amado, estabas junto a mí!

(Demetrio, desesperado, se arroja sobre Grushinka y la cubre de besos).

**DEMETRIO**: ¡Sí, mi amor! ¡Junto a ti para siempre! ¡Junto a ti para siempre!

**GRUSHINKA:** (desprendiéndose de los brazos de Demetrio) ¡Demetrio! Demetrio, ¡alguien nos mira!

(Demetrio se pone de pie y va hacia una cortina. La abre de golpe. En el marco de la puerta aparece la figura del Juez de Instrucción.)

**EL JUEZ DE INSTRUCCIÓN:** (con voz seca y dura). ¡Señor Teniente retirado Demetrio Karamazov: dese preso! ¡Se le acusa de haber asesinado anoche a su padre, Teodoro Karamazov!

(Las luces vuelven al tribunal. La escena del salón azul de Mokroié se desvanece)

**DEMETRIO:** (gritando) ¡Soy inocente! Soy inocente de la muerte de mi padre. He derramado sangre de otro anciano pero no la de mi padre. No quiero verme acusado de un crimen tan horrible, crimen que no he cometido. ¡Yo he dado muerte a Gregorio! ¡He dado muerte a mi fiel sirviente Gregorio!

**EL FISCAL**: ¡No sufra usted por Gregorio! ¡Gregorio vive! Volvió en sí, y no obstante el golpe terrible que recibió, según la propia declaración de usted y de Gregorio, se salvará, sin duda. Tal es, al menos, la opinión del médico...

**DEMETRIO**: ¿Vive? (se santigua) ¡Dios mío, te doy las gracias por ese milagro concedido a este pecador, por aceptar la plegaria de este malvado! ¡Sí, he rezado toda la noche! (se santigua tres veces. Luego, al Presidente del tribunal). Señor Presidente: por un instante permítame hablar con ella (Señala a Grushinka)

**EL PRESIDENTE**: ¡En este momento es imposible!

(Demetrio, desobedeciendo las órdenes del Presidente, se dirige resueltamente hacia Grushinka. Dos alguaciles se abalanzan sobre él y lo detienen. Demetrio vuelve a su lugar sin oponer resistencia.)

**DEMETRIO**: ¡Lamento que no me permitan decir a esa mujer que no soy un asesino, que la sangre que tanta angustia me producía no es la de un delito irreparable! ¡Que no he matado! ¡Señores, se trata de mi prometida! ¡La noticia que me acaban de dar me devuelve la vida! ¡Ese anciano me llevó en sus brazos! ¡Cuando yo tenía tres años, abandonado de todos, él lavaba mi cuerpo, me servía de padre!

**EL FISCAL**: De modo que...

**DEMETRIO:** (interrumpiéndolo) ¡Permítanme, señores, un instante de recogimiento! ¡Estoy trastornado! ¡No se puede golpear sobre un hombre como sobre un tambor! (se toma la cabeza con las manos durante unos instantes).

**EL FISCAL**: ¿De modo que, por de pronto, hacemos constar que niega terminantemente la acusación de haber matado a su padre?

**DEMETRIO**: ¡Soy inocente del asesinato de mi anciano padre! ¡Lo demostraré, los convenceré a ustedes enseguida! ¡Se reirán ustedes de sus sospechas! ¡Es una idea monstruosa!

**EL FISCAL**: Según parece, usted no amaba a su difunto padre. Tenía con él frecuentes peleas. Cuando fue detenido les dijo a los guardias: "Yo no lo he matado, pero he tenido intención de hacerlo".

**DEMETRIO**: ¿Es posible que yo haya dicho eso? ¡Sí... puede ser. Desgraciadamente, más de una vez he pensado matarlo!

**EL FISCAL**: ¿Quiere usted hacer el favor de explicarnos los fundamentos de ese odio contra su padre?

**DEMETRIO**: ¿Qué inconveniente he de tener, si a nadie he ocultado mis pensamientos? Toda la ciudad lo sabe. No hace mucho lo dije en el monasterio, en la celda del staretz Zósimo y aquella tarde agredí a mi padre en su casa, jurando ante testigos que volvería y lo mataría. ¡No me faltarán acusadores! ¡Lo he proclamado durante un mes y hasta en la misma taberna lo he dicho! ¡Y ahora lo han matado! ¿Habrá alguien hoy que no me crea culpable? En semejantes circunstancias, ¿quién sino yo puede ser el asesino? Y si no soy yo, ¿quién puede serlo? ¡Ruego que se me diga, lo exijo, dónde ha sido asesinado, cómo y con qué arma!

**EL FISCAL**: ¡Se ha encontrado su cadáver tendido sobre el suelo, con la cabeza destrozada!

**DEMETRIO**: ¡Eso es terrible! (se toma la cabeza con las dos manos)

**EL FISCAL**: ¡Continuemos! ¿A qué causa obedece su odio contra su padre? Creo que ha declarado usted públicamente que sentía celos…

**DEMETRIO**: ¡Sí, sentía celos! ¡Pero había algo más…!

**EL FISCAL**: ¿Peleaba con su padre por intereses?

**DEMETRIO**: ¡Sí, el dinero era uno de los motivos!

**EL FISCAL**: ¿Acaso, tres mil rublos de su herencia, que le pertenecían y no había recibido?

**DEMETRIO**: ¿Cómo tres mil? ¡Más de seis mil, más de diez mil, tal vez! Pero estaba decidido a transigir mediante la suma de tres mil rublos, que necesitaba a toda costa... ¡Yo sabía, porque Smerdiakov me lo había dicho, que él los tenía guardados bajo su almohada y que estaban destinados a Grushinka! Ese sobre era mío, era parte de los bienes míos que mi padre me había robado! ¡Les habla, créanlo, un hombre leal, que ha cometido muchas bajezas, pero que en el fondo permaneció siempre noble... Siempre he buscado ser noble dentro de mí mismo y sin embargo no he cometido sino villanías, como las cometemos todos. ¡Yo solo me equivocaba! Pero él me producía asco: su aspecto, un no sé qué de jactancia, su desprecio contra todo lo sagrado, su bufonería, su irreligión. ¡Pero ha muerto y otros son ahora mis sentimientos!

**EL FISCAL**: ¿Qué quiere usted decir?

**DEMETRIO**: ¡Que deploro haberlo odiado tanto!

**EL FISCAL**: ¿Siente remordimientos?

**DEMETRIO**: ¡No, remordimientos, no! ¡No consigne esas palabras! ¡Consigne que yo tenía derecho a sentir esa repugnancia porque yo tampoco brillo ni por mi bondad, ni por mi aspecto!

**EL FISCAL** (al Presidente): ¡Eso es todo, señor Presidente!

**EL PRESIDENTE:** (golpeando con un mazo el escritorio) ¡Pase a declarar el siguiente testigo: el exseminarista Alejo Karamazov!

**EL FISCAL**: ¿Le ha confesado su hermano alguna vez que tenía intención de matar a su padre? ¡Si quiere, usted puede no contestar!

**ALEJO**: ¡Directamente, jamás me lo ha dicho!

**EL FISCAL**: ¿Indirectamente, entonces?

**ALEJO**: ¡Alguna vez me habló del odio que sentía hacia nuestro padre, y de su miedo a no poder dominar sus impulsos en un momento de arrebato!

**EL FISCAL**: ¿Dio usted crédito a sus palabras?

**ALEJO**: No me atrevería a aventurar una afirmación semejante porque he creído siempre que en el instante crítico lo salvaría un noble sentimiento, como ocurrió en efecto. Pues no es él quien ha matado a mi padre.

**EL FISCAL:** (con una sonrisa de ironía) Con seguridad, no pondré en duda la sinceridad de su convicción, independientemente de su amor fraternal hacia el procesado. Las primeras diligencias nos revelaron ya su primer juicio respecto del trágico episodio que se ha desarrollado en su familia. No he de ocultarle, sin embargo, que esa opinión se contradice con otras declaraciones. Estimo, por lo tanto, necesario insistir en que exponga los fundamentos de esa definitiva convicción en la inocencia de su hermano y en la culpabilidad de otra persona, ya mencionada por usted en el sumario.

**ALEJO**: En el sumario me limité a contestar las preguntas que se me hicieron, sin formular acusación alguna en contra de Smerdiakov.

**EL FISCAL**: Sin embargo, usted lo mencionó.

**ALEJO**: Lo mencioné tan solo refiriéndome a las palabras de Demetrio. Sabía que, al ser detenido, acusó a Smerdiakov. ¡Estoy convencido de la inocencia de mi hermano; y si no es él, ¿quién puede haber sido si no…?

**EL FISCAL**: ¿Smerdiakov? ¿Por qué ha de ser precisamente Smerdiakov? ¿Sobre qué elementos funda usted la convicción en la inocencia de su hermano?

**ALEJO:** (turbado) ¡No puedo dudar de él! (reponiéndose y con firmeza) ¡Sé que no miente! ¡Leí en su rostro que me decía la verdad!

**EL FISCAL**: ¿No tiene usted otras pruebas más que esa?

**ALEJO**: ¡No tengo otras!

**EL FISCAL**: ¿Y no tiene usted más pruebas de la culpabilidad de Smerdiakov que las palabras de su hermano y la expresión de su rostro?

**ALEJO**: ¡No!

(Murmullos en la sala)

**EL FISCAL**: Nada más, por ahora.

(El Defensor se adelanta para preguntar)

**EL DEFENSOR**: ¿En qué momento su hermano le expuso sus sentimientos de odio contra su padre? ¿Fue durante su última entrevista, antes de la tragedia?

**ALEJO:** (luego de dudar un momento y en forma repentina) En este instante recuerdo un detalle que había olvidado completamente. ¡Entonces no comprendí su alcance, pero ahora, sí!

**EL DEFENSOR**: Veamos…

**ALEJO**: Aquella tarde, cuando regresaba al monasterio, vi por última vez a mi hermano. Me contó lo ocurrido con el dinero de Catalina, pero golpeándose el pecho repitió varias veces que poseía un medio de rehabilitar su honor y que ese medio lo llevaba sobre su pecho. En un primer momento, creí que hablaba de las fuerzas que llevaba en su corazón para librarse del oprobio. A decir verdad, pensé que se refería a nuestro padre y que temblaba de vergüenza ante la posibilidad de cometer una violencia contra su persona. Sin embargo, parecía señalar algo que llevaba sobre el pecho y hasta recuerdo en ese instante que, lejos de golpearse el lugar del corazón, se golpeaba debajo del cuello, siempre en el mismo sitio, y numerosas veces. Me pareció absurdo. Pero sin duda, designaba con ese gesto el sitio o el amuleto en el que llevaba cosidos los mil quinientos rublos.

**DEMETRIO:** (incorporándose de su asiento de acusado y gritando): ¡Sí! ¡Sí, Alejo! ¡Golpeaba sobre mi amuleto!

**EL DEFENSOR**: ¡Cálmese, usted!

(Demetrio vuelve a sentarse).

**ALEJO**: Estoy seguro de que la vergüenza de mi hermano consistía en que, llevando encima los mil quinientos rublos que hubiera podido restituir a Catalina, o sea la mitad de la deuda, había decidido destinarlos a otro fin, a marcharse con Grushinka, si ella estaba de acuerdo. ¡Sí, mi hermano me dijo que podía borrar en el acto la mitad de su vergüenza, pero, infortunadamente, la propia flaqueza de su carácter se lo impedía!

**EL DEFENSOR**: ¡Por ahora, nada más!

(El Defensor se retira a un costado. El Fiscal avanza hacia Alejo).

**EL FISCAL**: ¿Usted ha dicho que se golpeaba con el puño?

**ALEJO:** (afligido) ¡No, con el puño no! ¡Se señalaba con los dedos, aquí, muy alto…! ¡Cómo he podido olvidarlo!

**EL PRESIDENTE**: ¿El acusado tiene alguna observación a las manifestaciones del testigo?

**DEMETRIO:** (saliendo de su asiento) En verdad, llevaba sobre el pecho los mil quinientos rublos lo que estimaba, como una vergüenza y lo peor es que me sentía sin fuerzas para obrar de otro modo. (a Alejo) ¡Tienes razón, Alejo! ¡Gracias!

(Demetrio vuelve a su lugar. El Presidente llama a Catalina Ivanovna)

**EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL:** (en voz alta) ¡Pase a declarar ahora la testigo Catalina Ivanovna!

(Catalina se presenta ante la barra de los testigos. Está pálida. Viste de negro. Se escucha un murmullo en la sala).

**EL FISCAL**: ¿Su nombre?

**CATALINA**: ¡Catalina Ivanovna Verjoyser!

**EL FISCAL**: ¿Cómo conoce usted al acusado?

**CATALINA**: ¡Ha sido mi prometido hasta el momento en que él mismo me abandonó!

**EL FISCAL**: ¿Es verdad que usted le confió la suma de tres mil rublos al acusado para que él la remitiera a su hermana que vive en Moscú?

**CATALINA**: Yo no se la entregué para que la remitiera en el acto... Sabía que en aquellos momentos se encontraba en un gran apuro económico… Le confié esos tres mil rublos para que los enviara a Moscú, si quería, en el plazo de un mes. No tiene razón para avergonzarse de esa deuda. Tenía la convicción de que esa cantidad llegaría a su destino tan pronto como Demetrio recibiera el dinero de su padre. ¡Tuve siempre confianza en su lealtad... en su perfecta lealtad... en asuntos de dinero…! En diversas ocasiones me habló de que esperaba recibir tres mil rublos de su padre. Yo ignoraba sus peleas y creí siempre en el daño que su padre le había inferido en la liquidación de los bienes de la herencia de su madre. ¡No recuerdo que haya proferido amenazas contra su padre! ¡AI menos, jamás lo ha hecho en presencia mía! ¡Si hubiera venido a verme, lo habría tranquilizado respecto a esos malditos tres mil rublos…! ¡Pero no volvió y mi propia situación me impedía llamarlo! ¡Por otra parte, yo no tenía ningún derecho a ser exigente con él…, porque yo misma recibí un día de sus manos una cantidad superior a esa y la acepté sin saber cuándo podría devolvérsela.

**EL DEFENSOR**: ¿Recibió usted esa cantidad recientemente, o al principio de sus relaciones?

**CATALINA**: Al principio. Mi padre era el coronel del regimiento destacado en la región y cometió el grave error de distraer una suma de la caja del destacamento que no pudo restituir a tiempo. Mi hermana sabía que Demetrio Karamazov poseía esa suma. Demetrio era teniente bajo el mando de mi padre. Por sugerencias de ella, fui a verlo dispuesta a todo (murmullos en la sala.). ¡Me recibió; me entregó los cinco mil rublos. No me pidió nada a cambio. ¡Nada! ¡Ni un recibo, nada!

**EL PRESIDENTE**: ¿Algo más?

**CATALINA**: ¡Nada más, su señoría!

**EL PRESIDENTE**: Señor Fiscal, ¿algo más?

**EL FISCAL**: No, su Señoría.

**EL PRESIDENTE**: ¿Y usted, abogado?

**EL DEFENSOR:** (con aire de triunfo) Nada más, su señoría, sino preguntar a los señores del jurado si ellos creen que el mismo hombre que, en un arranque de generosidad daba cinco mil rublos, último jirón de su fortuna, podía matar luego a su padre para robarle tres mil?

(aplausos en el público) .

**EL PRESIDENTE:** (a Catalina) Puede retirarse, señorita (Catalina se retira)

**DEMETRIO:** (gritándole a Catalina) ¿Catalina, por qué has causado mi perdición? (prorrumpe en sollozos. Luego se repone y vuelve a gritar). ¡Ahora es cuando estoy condenado! (murmullos en la sala).

**EL PRESIDENTE**: ¡Orden en la sala! (el murmullo se calma lentamente). ¡Pase a la barra de los testigos Agripina Sviellov, llamada Grushinka!

(Grushinka se adelanta hasta la barra con un porte desafiante. Va también vestida de negro y tiene sobre sus hombros un chal)

**EL FISCAL**:(adelantándose) ¿Conoce usted al acusado?

**GRUSHINKA**: ¡Sí!

**EL FISCAL**: ¿Conoció usted al padre del acusado?

**GRUSHINKA**: ¡Sí!

**EL FISCAL**: ¿Teodoro Karamazov, estaba enamorado de usted?

**GRUSHINKA**: Esas son pequeñeces. ¿Qué culpa tengo yo de que el viejo se haya enamorado de mí? (Pausa. Grushinka reflexiona un momento. Luego en un arranque, dice:) ¡Sí, toda la culpa es mía: me burlaba del viejo y de su hijo y los excitaba a los dos!

**EL FISCAL**: ¿Conoció usted a un comerciante, un tal Sansonov?

**GRUSHINKA**: ¡Eso no le importa a nadie! Era mi protector. Él me recogió descalza, cuando los míos me arrojaron de la cabaña, después que me sedujeron y me abandonaron!

**EL PRESIDENTE**: Ajuste usted sus respuestas a las preguntas que se le hagan y omita los detalles innecesarios.

**EL FISCAL**: ¿Vio usted el sobre con los tres mil rublos?

**GRUSHINKA**: Conocía su existencia por el “malvado”. Repito que todo eso son pequeñeces porque por ningún dinero del mundo hubiera ido a la casa de Teodoro Karamazov.

**EL FISCAL**: ¿A quién llama usted el “malvado"?

**GRUSHINKA**: ¡Al criado Smerdiakov, que fue quien mató

a su amo!

**EL FISCAL**: ¿En qué funda usted esa acusación tan

terminante?

**GRUSHINKA**: ¡Me lo ha dicho Demetrio y ustedes deben creerle! ¡Pero también otra persona lo ha perdido a Demetrio!

**EL FISCAL**: ¿Se puede saber quién es?

**GRUSHINKA**: Me refiero a esa señorita Catalina Ivanovna, que me llamó a su casa, ofreciéndome un chocolate, con el propósito de embaucarme! ¡Es una desvergonzada…!

¡Lo sostengo!

(La escena del tribunal desaparece. Se ilumina el centro de la escena. Es el salón de la casa de Catalina. Alejo está de pie, como si recién acabara de entrar. De pronto, se abre una cortina y aparece la dueña de casa).

**CATALINA**: ¡Bendito sea Dios! ¡Por fin viene usted! Se lo he pedido a Dios rezando todo el día! ¡Siéntese, Alejo! ¡Lo esperaba, pues solo de usted confío en conocer toda la verdad!

**ALEJO**: (balbuceando) He venido a... Yo… ¡me envía él!

**CATALINA**: ¡Ah! ¿Es él quien lo manda…? Tenía ese presentimiento! ¡Lo sé todo…! Sí, estoy al corriente de todo, pero no son noticias suyas lo que espero de usted! ¡No tema ofenderme, dígame la verdad, descarnada, como usted la siente después de la conversación con Demetrio! ¡Más que una explicación entre nosotros, me interesa conocer el estado de su alma! ¿Comprende ahora lo que espero? ¿Por qué razón no viene él? ¿Por qué lo envía a usted? ¡No me oculte nada, ni aún lo más terrible, se lo ruego!

**ALEJO**: ¡Demetrio me ha encargado que la salude y le diga que no volverá jamás y… que la salude a usted en su nombre!

**CATALINA**: ¿Saludarme? ¿Lo ha dicho así, con esas mismas palabras?

**ALEJO**: Sí.

**CATALINA**: ¿Y si se hubiera equivocado, si otras fuesen sus palabras?

**ALEJO**: ¡Ah, no! ¡Ha insistido obstinadamente en que le repita a usted la palabra “saludar”!

**CATALINA**: (desesperada) ¡Ayúdeme, Alejo, ayúdeme! ¡Es el juicio suyo lo que necesito en este instante! ¡Indudablemente, Demetrio se hallaba fuera de sí! ¡No, no se separa de mí por una resolución irrevocable! ¡Creo que sigue rodando barranca abajo!

**ALEJO**: Si, tiene usted razón! ¡Ese efecto también me produjo a mí!

**CATALINA**: ¡Ah, en ese caso todo está perdido! ¿puedo salvarlo aún de su desesperación? ¿No le ha hablado de dinero, de tres mil rublos?

**ALEJO**: ¡No solo me habló de ello, sino que se siente anonadado! Me dijo: "Todo me es igual puesto que he perdido la honra". ¿Acaso conoce usted lo que ha sucedido?

**CATALINA**: Sí, lo sé desde hace mucho tiempo! ¡Telegrafié a Moscú y supe que no había remitido la cantidad que le di para que lo hiciera! También sé que en estos días, Demetrio anda escaso de dinero. ¡Pero yo quiero salvarlo, quiero que sepa que tiene a quién dirigirse, en quien confiar lealmente! ¡Demetrio no ve en mí más que a una mujer! ¡No cree que soy su mejor amiga y esa creencia está atormentándome! ¡Que se avergüence ante quien quiera, que se avergüence ante sí mismo, pero ante mí, no! ¿Cómo es posible que después de todo lo ocurrido ignore que soy capaz de hacer todo por él, por su felicidad? ¡Quiero salvarlo para siempre! ¡Si no quiere, que no vea en mí a su prometida! ¡Que no sufra por la idea que él cree que yo tengo de su honor! ¿No se lo ha confesado a usted? ¿Por qué, Dios mío, no le merezco igual confianza?

**ALEJO**: También traigo el encargo de contarle a usted lo que ocurrió entre él y mi padre... Después se fue… después, se fue a casa, de "esa mujer’'.

**CATALINA**: ¿Pero usted cree, Alejo, que no soy capaz de soportar sus relaciones con esa mujer? Estoy segura de que él también lo cree. ¡Pero si no habrá de casarse con ella! ¿Acaso un Karamazov puede arder en una llama eterna? ¡No es amor lo que siente! Es un capricho pasajero. ¡Ella misma se negará a contraer matrimonio!

**ALEJO**: ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

**CATALINA**: ¡Le aseguro que no! ¡Esa muchacha es un ángel! ¿Lo ignora usted? Comprendo: es una mujer rara, caprichosa y seductora, ¡pero es un alma noble y buena! ¡Espere! (se dirige hacia la puerta de la habitación contigua y llama) ¡Agripina, Grushinka, ángel mío! Este simpático muchacho está enterado de nuestros asuntos, ¡es inútil que usted se oculte!

**GRUSHINKA:** (desde el interior). Esperaba que usted me llamara (aparece en el salón y va a sentarse en uno de los sillones)

**CATALINA**: ¡Nos vemos por primera vez! Quería conocerla, verla de cerca, ir a su casal ¡Pero ella ha sido tan buena que acudió a mi primera invitación! ¡Estaba segura de que todo se arreglaría en cuanto habláramos! ¡Lo presentía; todos lucharon mucho para que desistiera de dar este paso, pero yo adivinaba su feliz resultado! Grushinka ha revelado sus propósitos: ¡ha venido hasta mí como un ángel bueno, a traer paz a mi alma y también alegría!

**GRUSHINKA:** (con voz melosa y sonrisa afectada) ¿No me cree usted digna de su desprecio?

**CATALINA**: ¡No faltaba más! ¡No pronuncie más esas palabras, mujer encantadora! Despreciarla yo, ¿por qué? ¡Mire, Alejo, mire cómo se ríe! iQuiero besarla otra vez! Hay algo en su corazón que rebosa felicidad y alegría.

**GRUSHINKA**: Me mima usted demasiado, querida señorita, ¡yo no merezco esas caricias…!

**CATALINA**: Sí, las merece... las merece... (entusiasmándose, a Alejo) ¡Sepa usted, Alejo, que esta señorita tiene una imaginación muy rara y un carácter muy independiente; pero hay en ella un corazón de oro, un alma noble y generosa! ¿Lo ignoraba usted? Grushinka es solo una infortunada. Se sacrificó a un hombre, tal vez indigno o frívolo, un oficial a quien ella amaba, a quien se lo entregó todo, hace ya cinco años. Pero no fue correspondida lealmente. Y ese hombre, a quien ella ama y amará siempre, la abandonó y se casó con otra mujer. ¡Pero Grushinka pronto será feliz, porque él, viudo y libre otra vez, vuelve para casarse con ella, para borrar con esta unión los cinco años de sufrimiento! ¿Qué hay de reprobable, pues en su vida? ¿Quién puede jactarse de haber recibido sus favores? ¡Ese viejo mercader, débil e inválido, más bien era un padre para ella, un amigo, un protector! ¡La encontró abandonada, en plena desesperación; la salvó cuando pretendía poner fin a su vida!

**GRUSHINKA:** (con un dejo de ironía) ¡Me defiende usted demasiado!

**CATALINA**: ¿Acaso necesita usted que alguien la defienda? ¡No me atrevería a hacerlo, Grushinka, ángel mío! ¡Deme su mano! ¡Alejo: mire qué blanca, qué deliciosa mano! ¡Grushinka me ha traído la felicidad, me ha vuelto a la vida! ¡Quiero besar esa manita…! ¡Sí! ¡Así, una y otra vez! (le toma las manos y las besa repetidas veces; Grushinka lanza una carcajada)

**GRUSHINKA**: ¡Va a hacer que me ruborice si usted me besa las manos delante de Alejo!

**CATALINA:** (irguiéndose extrañada) ¿Ruborizarse, por qué? ¡Qué mal me conoce, querida mía

**GRUSHINKA**: ¡Es usted, señorita, la que no me conoce! ¡No soy la que usted imagina: soy caprichosa y de mal corazón! ¡Si atraje a Demetrio fue tan solo para burlarme de él!

**CATALINA:** (desesperada) ¡Pero ahora lo salvará! ¡Usted me lo ha prometido! ¡Yo le confesaré la verdad; que ama usted a otro hombre que llega para casarse con usted!

**GRUSHINKA:** (endureciendo su rostro) ¡Yo no le he prometido semejante cosa! ¡Es usted la que ha imaginado todo...!

**CATALINA:** (confundida): ¡Sin duda habré oído mal! ¡Usted me lo ha prometido...!

**GRUSHINKA:** (con felonía, gozando de la situación que está a punto de crear) ¡No... no! ¡Yo no le he prometido nada! ¿Ve cuán caprichosa soy? ¡Hago lo que se me antoja! ¡Tal vez le hice esa promesa hace unos instantes, pero ahora pienso todo lo contrario! (insinuante). ¿Y si Demetrio volviera a gustarme como ya me gustó una vez durante casi una hora? ¡Quién sabe si hoy mismo no le diga que venga a vivir conmigo! ¿Ve usted cuán inconstante soy?

**CATALINA:** (con rabia contenida): ¡Hace un momento hablaba usted de otro modo!

**GRUSHINKA:** (casi salvaje) ¡Sí, hace un momento, es verdad! ¡Pero yo soy así, blanda de corazón! ¡Soy tonta! ¡Sé que Demetrio sufre mucho por mí y no sé si al verlo le tendré compasión! ¿Quién sabe lo que voy a hacer?

**CATALINA:** (confundida y a la vez con rabia) La verdad... no esperaba...

**GRUSHINKA**: ¡Ay, señorita! ¡Es usted demasiado buena para ser comparada conmigo! ¡Quizá deje usted de quererme ahora mismo al ver cómo soy: pero deme su preciosa mano, señorita! (le toma la mano) ¡Voy a besar su mano como usted lo ha hecho con las mías! ¡Tres besos he recibido de usted y para pagárselos tendría que darle trescientos! ¡Quién sabe lo que ha dispuesto Dios! ¡Es posible que me decida a complacerla, a ser su esclava! ¡Pero sin compromisos ni promesas! ¡Deme su mano, su linda mano, la más bella entre todas! (se lleva la mano de Catalina a la boca. Catalina la mira con ansiedad, confundida. De pronto, Grushinka deja caer la mano) ¡He decidido otra cosa! ¡Lo he pensado mejor! ¡No! ¡No debo besar su mano! (se echa a reír salvajemente)…

**CATALINA**: ¡Lo que usted quiera! ¿Pero, qué le ocurre?

**GRUSHINKA:** (con alegría salvaje) ¡Recuérdelo bien: usted ha besado mi mano y yo no me he dignado a besar la suya!

**CATALINA:** (gritando) ¡Usted es una insolente!

**GRUSHINKA**: ¡Le contaré esta escena a Demetrio! ¡Le diré que usted me ha besado la mano tres veces y que, en cambio, yo no he querido devolverle... esos besos! ¡Cuánto se va a reír Demetrio!

**CATALINA:** (furiosa) ¡Márchese, mujer infame!

**GRUSHINKA:** (irónica) ¡Qué vergüenza! ¡Qué mal le sientan esas palabras poco decentes, sobre todo en una señorita tan angelical como usted!

**CATALINA**: ¡Márchese, le digo! ¡Fuera de aquí, mujerzuela vendida!

**GRUSHINKA**: ¿Vendida, eh? También usted trató de venderse cuando fue a ver a Demetrio para pedirle cuatro mil rublos para que su padre el coronel, los repusiera en la caja del regimiento desde donde los había sacado! ¿Cree usted que lo ignoro? (Catalina lanza un grito y trata de arrojarse sobre Grushinka, pero Alejo se interpone)

**ALEJO**: ¡Déjela! ¡No le conteste! ¡Déjela que se marche!

**GRUSHINKA:** (recogiendo su chal del diván donde lo había dejado) Sí, me voy, me voy (a Alejo) ¡Y tú, querido Alejo, acompáñame!

**ALEJO:** (implorando) ¡Márchese pronto!

**GRUSHINKA:** (insistiendo pero con ironía) ¡Vamos, querido Alejo, acompáñame! ¡Por el camino te diré cosas agradables! ¡He dado este espectáculo en tu honor, solo por ti! ¡Ven, querido mío, no te arrepentirás de ello…!

(A Alejo le cambia la cara. Grushinka lanza una carcajada salvaje. Se retira).

**CATALINA:** (a punto de llorar): ¡Es como un tigre! (a Alejo) ¿Por qué me detuvo usted, Alejo? ¡Merecía que la hubiera castigado! ¡Merece que el verdugo la apalee en público!

(Alejo, todo turbado, comienza a retirarse).

**CATALINA:** (desesperada) ¡Dios mío! ¿Es posible que Demetrio haya sido tan desleal? ¡Solo él le ha podido contar a esa mujer maldita lo que ocurrió aquella noche! ¡Me acusa de haber intentado traficar con mi cuerpo! ¡Entonces, esa mujer conoce mi visita a Demetrio! (a Alejo). ¡Alejo, su hermano es un malvado!

(Apagón, la luz vuelve a la sala del tribunal).

**EL FISCAL:** (a Grushinka) Recuerde que en Mokroié, cuando fue detenido el procesado, corrió desde el cuarto inmediato gritando: “¡Yo soy la culpable de todo. Iremos juntos a presidio!"¿Por qué se creía “la culpable"? ¿Creía en aquel momento que él era el parricida?

**GRUSHINKA:** (desafiante) No recuerdo mi sentir de entonces. Todo el mundo lo acusaba y mi conciencia me decía que si había matado a su padre, era por culpa mía. ¡Pero apenas se proclamó inocente le creí, le creeré siempre porque Demetrio es incapaz de mentir!

**EL FISCAL**: ¡Eso es todo, su señoría!

**EL PRESIDENTE**: ¡Pase el siguiente testigo, Juan Karamazov!

(Juan se aproxima a la barra de los testigos, sin mirar a nadie y con aire ausente. Está pálido y algo tambaleante).

**EL PRESIDENTE**: Le recuerdo al testigo que, como no ha prestado juramento, puede, si lo desea, prescindir de su declaración, pero que, de prestarla, debe hacerlo sobre su consciencia.

(Juan lanza una carcajada propia de: un insano).

**JUAN:** (en alta voz) ¿Y qué más?

**EL PRESIDENTE**: ¿Se siente usted indispuesto?

**JUAN**: No se preocupe, Excelencia. ¡Me encuentro bastante bien y dispuesto a relatar algo curioso!

**EL PRESIDENTE**: ¿Tiene que declarar algo nuevo?

**JUAN:** (vacilante) ¡No…, nada nuevo!

**EL FISCAL**: ¿Sabe usted si su padre le entregó todo o parte de la herencia de su madre al acusado?

**JUAN**: No sé. No me interesa. Oí hablar de las amenazas del acusado contra nuestro padre y conocía de la existencia del sobre por Smerdiakov (con un gesto de cansancio) ¡Siempre lo mismo! ¡No puedo agregar nada más!

**EL PRESIDENTE**: ¡Veo que usted está indispuesto!

**JUAN:** (con voz extenuada) Su excelencia, permítame que me retire ¡No me encuentro bien! (Juan abandona la barra y se dirige hacia la salida, pero luego de algunos pasos, se detiene, parece reflexionar y se vuelve hacia el Presidente. De sus ropas extrae un fajo de billetes). ¡Aquí está esto: ¡Aquí está el dinero! ¡El mismo que guardaba ese sobre que ahora obra como pieza de convicción…! ¡Es el dinero por el cual ha sido asesinado mi padre! (deposita el dinero sobre el escritorio del Presidente).

**EL PRESIDENTE**: ¿Cómo puede hallarse en su poder ese dinero… admitiendo que sea el mismo?

**JUAN**: Me lo dio Smerdiakov... el asesino, sí, ayer. ¡Fui a su casa! ¡Él es el asesino! Él es quien mató a mi padre, pero lo mató por instigación mía!

(Las luces del tribunal se apagan y se encienden en el cuarto de Smerdiakov. Un camastro, una mesa, una silla. Smerdiakov está acostado. Juan ingresa en escena. Lleva puesto un abrigo, un gorro de pieles y guantes).

**JUAN**: ¿De veras estás enfermo? No te entretendré y por eso no me quitaré el abrigo. ¿Dónde puedo sentarme? (Ve la silla y toma asiento antes de que Smerdiakov le diga nada) ¿No me dices nada más? Solo quiero hacerte una pregunta, pero te juro que no me iré sin la respuesta. ¿Te ha visitado Catalina? (Smerdiakov no responde) ¿Qué tienes?

**SMERDIAKOV**: ¡Nada!

**JUAN**: ¿Entonces?

**SMERDIAKOV**: ¡Sí, sí ha venido! ¿Qué le importa a usted? ¡Déjeme tranquilo!

**JUAN**: ¡No, no te dejaré! ¡Contesta! ¿Cuándo vino?

**SMERDIAKOV**: Ya no me acuerdo (se incorpora en el camastro y mira a Juan con odio). ¡Me parece que usted también está enfermo! ¡Qué mal aspecto tiene; parece que está agotado!

**JUAN**: ¡No te preocupes por mi salud y contesta!

**SMERDIAKOV**: Tiene los ojos amarillos. ¡Tal vez sufre mucho! (se echa a reír sarcásticamente)

**JUAN:** (con rabia) ¡No me marcharé sin la respuesta, te lo he dicho!

**SMERDIAKOV:** (cambiando de tono, como dolorido) ¿Por qué insiste usted? ¿Por qué me molesta?

**JUAN**: ¡Qué me importa que sufras! ¡Contesta y te dejaré enseguida!

**SMERDIAKOV:** (endureciéndose) ¡No tengo nada que contestarle!

**JUAN:** (amenazador) ¡Te aseguro que te obligaré a hablar!

**SMERDIAKOV**: ¿Por qué se preocupa usted? (lo mira con desprecio y repugnancia) ¿Acaso es por lo que pudiera pasar durante el juicio, mañana? ¡Tranquilícese! Usted no corre peligro. Regrese a su casa y duerma en paz. ¡Nada tiene que temer!

**JUAN:** (intrigado) ¡No te comprendo…! ¿Qué podría temer yo mañana?

(Smerdiakov lo mira de arriba abajo)

**SMERDIAKOV**: ¿No me comprende? ¡Parece mentira que un hombre de talento como usted represente esta comedia! (con arrogancia) ¡Le repito que nada tiene que temer! ¡No declararé contra usted! ¡No hay pruebas! (inquisidor) ¿Por qué tiembla usted? ¡Sus manos están temblando! ¡Vuelva a su casa! ¡Usted no es el asesino!

**JUAN:** (con seguridad) ¡Ya sé que no lo soy!

**SMERDIAKOV**: ¿Usted lo sabe?

**JUAN:** (en acceso de rabia, lo toma de los hombros y lo sacude) ¡Habla, reptil! ¡Dímelo todo!

(Smerdiakov lo mira con rabia contenida. Juan se deja caer en la silla, casi desarmado)

**SMERDIAKOV:** (explotando) Habrá, pues, que reconocer que usted es el asesino.

(Juan se deja caer en la silla. Después de un momento. se recompone y sonríe con malevolencia).

**JUAN**: ¿Otra vez con el mismo cuento?

**SMERDIAKOV**: ¡Sí! ¡La otra vez cuando vino a visitarme lo comprendió! Y ahora también lo comprende.

**JUAN:** (con rabia, de nuevo) ¡No comprendo nada, solo que estás loco!

**SMERDIAKOV**: Y eso le preocupa. Estamos solos. ¿A qué engañarnos? ¿Por qué representar esta comedia? ¿Se empeña usted en lanzar sobre mi cabeza toda la responsabilidad? ¡Usted es quien lo ha matado! ¡Usted es el principal asesino! ¡Yo no he sido nada más que su auxiliar, su instrumento! ¡Usted sugirió la idea y yo la he ejecutado!

**JUAN:** (paralizado por el terror y la sorpresa): ¿Ejecutado? Luego... ¡eres el asesino!

**SMERDIAKOV:** (con recelo) ¿Acaso usted no se daba cuenta?

**JUAN**: ¡Más que un hombre, me pareces un fantasma!

**SMERDIAKOV**: ¡Aquí no hay más fantasmas que nosotros y un tercero que, sin duda, está ahí ahora!

**JUAN**: (con espanto) ¿Quién? ¿Quién es ese tercer fantasma?

**SMERDIAKOV**: ¡Dios, la Providencia, que está aquí, cerca de nosotros…! ¡Pero es inútil que la busque! ¡No la hallará!

**JUAN**: ¡Mientes, mientes! ¡Tú no lo has matado! ¡O estás loco, o como la otra vez, gozas torturándome!

**SMERDIAKOV**: ¡Espere usted! (comienza a arremangarse el pantalón, se quita la liga y mete la mano en la media).

**JUAN:** (gritando) ¡Te has vuelto loco! (Smerdiakov saca un fajo de papeles que deposita en la mesa)

**SMERDIAKOV**: ¡Aquí los tiene usted!

**JUAN**: ¿Qué es?

**SMERDIAKOV**: ¡Acérquese y mire! (Juan se aproxima a la mesa, toma el fajo, comienza a desatarlo pero, de pronto, retira los dedos) ¡Veo que le tiemblan las manos convulsivamente! (Smerdiakov termina de desenvolver el fajo y aparecen numerosos billetes de cien rublos.). ¡No es necesario que los cuente! Hay tres mil rublos. ¡No falta ni uno! ¡Tómelos!

(Juan se deja caer en la silla).

**JUAN**: ¡Me causas horror! (se toma la cara con las manos)

**SMERDIAKOV**: ¿Pero, entonces es cierto que usted ignoraba todo?

**JUAN:** (como volviendo de una pesadilla) ¡Sí! ¡Creía que era Demetrio! ¡Ay, hermano, hermano mío! (Se vuelve a tomar la cabeza con las manos) (a Smerdiakov) Pero dime, ¿lo has hecho tú solo?

**SMERDIAKOV**: ¡Solo con usted! ¡Demetrio es inocente!

**JUAN**: No se trata de mí, ahora. Luego hablaremos. ¿Por qué tiemblo? ¿Por qué apenas puedo hablar?

SMERDIAKOV: (estupefacto) ¡En otro tiempo, usted era un valiente! "Si Dios no. existe -decía- todo está permitido". ¡Y ahora siente miedo! ¿Quiere beber algo? ¡Unos sorbos lo tranquilizarán! ¡Pero antes hay que esconder esto! (busca obstinadamente; al ver un libro sobre la mesa, lo usa para tapar los billetes).

**JUAN**: ¡No quiero beber! ¡Siéntate y dime toda la verdad! ¡Dime lo que hiciste!

**SMERDIAKOV**: ¡Quítese el abrigo! ¡Transpirará mucho!

(Juan se quita el abrigo y lo deja caer sobre el camastro).

**JUAN**: ¡Habla, te lo ruego, habla!

**SMERDIAKOV:** (luego de suspirar) ¿Cómo ocurrieron los hechos? Del modo más natural, como usted decía...

**JUAN**: ¡Ya hablaremos de lo que yo decía! ¡Cuéntame todo con claridad, con todos los pormenores, hasta el momento en que le diste el golpe en la cabeza! ¡Te ruego que no olvides ni el menor detalle!

**SMERDIAKOV**: Después que usted se fue, bajé al sótano y me caí…

**JUAN**: ¿Era una crisis o una simulación?

**SMERDIAKOV**: Una simulación, naturalmente... Bajé tranquilo hasta el último peldaño, me tiré al suelo y comencé a dar alaridos. Mientras me trasladaban, me sacudía convulsivo.

**JUAN**: Espera un momento. ¿Has seguido fingiendo en el hospital?

**SMERDIAKOV**: ¡No! Al día siguiente, cuando todavía estaba en casa, sufrí una verdadera crisis, la más fuerte de todas las que he padecido hace años. ¡Permanecí dos días sin sentido!

**JUAN:** (ansioso) ¡Sigue! ¡Sigue!

**SMERDIAKOV**: Me dejaron sobre una cama, en un cuarto contiguo al de Gregorio y Marta. Así lo tenía previsto porque Marta es muy buena conmigo desde mi nacimiento. Cuando estaba enfermo, me instalaba siempre cerca de ella. Por la noche gemía, pero débilmente, esperando a cada momento que llegara Demetrio.

**JUAN**: Pero, ¿lo esperabas en tu cuarto?

**SMERDIAKOV**: ¡No, en mi cuarto, no! Tenía la convicción de que aquella misma noche iría a casa porque, privado de información, fatalmente saltaría la empalizada, dispuesto a realizar una locura.

**JUAN**: ¿Y si no hubiera ido?

**SMERDIAKOV**: Se hubiera frustrado mi plan. Porque yo sin él...

**JUAN:** (con tono tranquilizador) ¡Sigue! ¡Sigue! ¡No te apures, pero dímelo todo!

**SMERDIAKOV**: ¡Creía que, con toda seguridad, mataría a Teodoro! ... ¡Durante los últimos días lo había azuzado hábilmente! ¡Le inventé la consigna por la cual Grushinka entraría en la casa, los tres golpes en la ventana y arrebatado, seguramente penetraría en la casa en busca de su padre! ¡Yo estaba seguro de ello!

**JUAN**: ¿Y si al matarlo le robaba también el dinero? ¿Qué beneficio obtenías tú?

**SMERDIAKOV**: Demetrio no hubiera encontrado jamás el dinero! ¡Yo lo engañaba diciéndole que su padre lo escondía bajo el colchón! Primero lo ocultó en una cajita, pero como desconfiaba de todo el mundo, le sugerí la idea de que lo ocultase detrás de los íconos dado que en el apresuramiento, a nadie se le hubiera ocurrido buscarlo allí. A Teodoro le agradó mi consejo. Si Demetrio acudía y mataba, como todos los asesinos, a la menor alarma hubiera huido o lo hubieran detenido, y como nadie más que yo conocía el escondrijo, al día siguiente, tranquilamente ‒o aquella misma noche‒ el dinero hubiera estado en mi poder. De manera que Demetrio cargaba siempre con la responsabilidad de todo.

**JUAN**: ¿Y si tan solo lo hubiera agredido sin llegar a matarlo?

**SMERDIAKOV**: Yo contaba con que Demetrio le pegaría hasta dejarlo sin sentido. En cuyo caso, lo mismo me apoderaba del dinero, sin perjuicio de decirle después a su padre que era su hermano quien lo había robado.

**JUAN**: ¡Me confundes! ¿Demetrio lo mató y tú robaste el dinero?

**SMERDIAKOV**: No, no es él quien lo mató... No quiero mentir... Pero veo que usted no ha comprendido nada... ¡Si bien yo lo maté, moralmente usted es el asesino!

**JUAN:** (estupefacto) ¿Que yo soy el asesino? ¿Cómo puedes sostenerlo?

**SMERDIAKOV**: Usted deseaba la muerte de su padre, como Demetrio. De otra manera el viejo se habría casado con Grushinka y ella sería la heredera de todos los bienes, en caso de que el viejo muriera. De otro modo, la herencia no hubiera llegado a sus manos y a las de sus hermanos....

**JUAN:** (comprendiendo los móviles ulteriores de Smerdiakov) ¡Y después ibas a explotarme toda la vida! ¿Y si en vez de marcharme a Tchermachnia te hubiera denunciado?

**SMERDIAKOV**: ¿De qué podría usted acusarme? ¿De haberle acusado que se fuese a Tchermachnia? ¡Esas no son más que pamplinas! Además, tenga presente que, de haberse quedado, no habría ocurrido la catástrofe. Su negativa a partir hubiera sido para mí una indicación precisa de que se oponía a todo. Su viajer en cambio, me daba la seguridad de que no me denunciaría usted.

**JUAN**: ¿Y tú creías, que yo deseaba tanto la muerte de mi padre?

**SMERDIAKOV**: Por cierto. ¡Y su silencio me autorizaba a creerlo así!

**JUAN:** (reprimiendo su estupor) ¡Prosigue! ¡Prosigue con tu relato!

**SMERDIAKOV**: Estaba acostado cuando oí un grito del señor. Hacía un momento que Gregorio había salido. Lo advertí porque yo estaba en la habitación de al lado... Poco después oí los gritos de Gregorio y unos segundos más tarde de nuevo se hizo el silencio. Me levanté y me dirigí al jardín. Vi la ventana de Teodoro que estaba abierta. Oí como suspiraba y se agitaba en su habitación. Me acerqué a la ventana y le dije: "Señor, soy yo. Demetrio ha venido y ha huido después de matar a Gregorio” Volví al jardín y tropecé con Gregorio cerca de la empalizada. Yacía desvanecido y ensangrentado. Entonces resolví acabar de una vez. Volví a la ventana y le dije a su padre que Grushinka había venido. Me abrió la puerta. Entré, me preguntó dónde estaba la mujer. Le dije que en el jardín, que ya vendría. Tomé el pisapapeles que debe pesar como tres libras y lo descargué en su cabeza varias veces, hasta que cayó inerme. Limpié el pisapapeles. Saqué los billetes de detrás de los íconos y al sobre con las cintitas rojas lo dejé, roto, en el suelo. Envolví el dinero en unos trapos y lo escondí en el hueco del manzano viejo. Allí lo tuve oculto hasta salir del hospital. Volví a mi cuarto y comencé a gemir hasta que Marta se despertó. ¡Fue al jardín y cuando vio a Gregorio comenzó a dar gritos!

**JUAN:** (en un acceso de ira contenida) Escucha, miserable, vil criatura, ¿no comprendes que si no te he matado ya, es porque quiero que respondas mañana ante los jueces? ¡Dios sabe la verdad! (levanta la mano) ¡Tal vez haya sido culpable de desear la muerte de mi padre, en secreto, pero te juro que yo no te he incitado a que lo hicieras! ¡No, no! ¡Declararé toda la verdad y compareceremos juntos y confesarás, lo confesarás todo!

**SMERDIAKOV:** (con compasión) Veo que usted está enfermo, tiene los ojos muy amarillos.

**JUAN:** (gritando) ¡Iremos juntos y si tú no fueras, declararé yo solo!

**SMERDIAKOV:** (luego de reflexionar, terminante) ¡Usted… usted no hará eso! ¡No irá!

**JUAN**: ¡Ya veo que no me conoces!

**SMERDIAKOV:** (con un brillo demoníaco en la mirada). ¡Para usted será demasiado vergonzoso si tiene que confesarlo todo! ¡Además, no servirá para nada porque yo negaré y añadiré que usted está trastornado, o que se sacrifica por piedad hacia su hermano y me acusa porque yo soy para usted un ser insignificante, un paria! ¿Qué pruebas tiene usted? ¿Quién le creerá?

**JUAN**: He visto ese fajo de billetes que me has enseñado para convencerme (Smerdiakov se dirige hacia la mesa, levanta el libro, toma el fajo de billetes y se lo extiende a Juan).

**SMERDIAKOV**: ¡Tómelo!

**JUAN**: ¡Sí, por cierto que lo tomo! ¿Pero, por qué me lo das si ha sido el móvil de tu crimen?

**SMERDIAKOV**: ¡Ya no lo necesito! Al principio pensé establecerme en Moscú o tal vez en el extranjero. Ese era mi ideal ya que "todo está permitido". ¡De usted aprendí esa doctrina, que a menudo exponía!: “Si Dios no existe, no existe la virtud, porque es innecesaria!” Así razonaba yo.

**JUAN**: ¿Nadie te ha ayudado a llegar a esa conclusión?

**SMERDIAKOV**: Sí, ¡la influencia que usted ha ejercido

sobre mí!

**JUAN**: Entonces, ¿ahora crees en Dios, dado que me devuelves el dinero?

**SMERDIAKOV:** (con voz de cansancio) ¡Terminemos! Usted, que antes repetía: "todo está permitido”, ¿por qué sufre ahora tales inquietudes, hasta el extremo de querer denunciarse a sí mismo? ¡No! ¡Usted no irá! ¡No lo hará!

**JUAN:** ¡Lo verás!

**SMERDIAKOV**: ¡Es imposible! ¡Usted es demasiado inteligente! ¡Ama el dinero y los honores! ¡Es usted orgulloso! ¡Se vuelve loco por las mujeres! Y, sobre todo, le gusta vivir a sus anchas, independiente, y no querrá truncar todas esas ilusiones cargando con una vergüenza semejante! ¡De todos los hijos de Teodoro, usted es quien más se le parece! ¡Tiene su misma alma!

**JUAN**: ¡Te creía estúpido!

**SMERDIAKOV**: Lo creía por orgullo (le tiende el fajo de billetes) ¡Tome, tome el dinero!

(Juan toma el fajo y se lo guarda como está)

**JUAN**: ¡Mañana se lo entregaré al tribunal!

**SMERDIAKOV**: Nadie se lo creerá ¡A usted le sobra dinero y todo el mundo supondrá que ha tomado de su cajón ese fajo para salvar a su hermano!

**JUAN:** (abalanzándose sobre Smerdiakov pero deteniéndose justo a tiempo) ¡Te repito que no te mato tan solo porque te necesito mañana! ¡Que no se te olvide!

**SMERDIAKOV:** (con un tono extraño) ¡Pues bien, máteme, máteme ahora! ¡Usted es incapaz de hacerlo…! ¡Usted, el valiente de entonces, ahora no se atreve a nada!

**JUAN**: ¡Hasta mañana!

(Juan se dirige hacia la puerta, Smerdiakov corre detrás y lo detiene).

**SMERDIAKOV**: ¡Espere un momento! ¡Enséñemelos otra vez! (Juan saca el fajo de billetes y se lo muestra) ¡Ahora ya puede marcharse! ¡Váyase! (Juan se dispone de nuevo a salir pero Smerdiakov le grita) ¡Juan!

**JUAN:** (volviéndose) ¿Qué quieres?

**SMERDIAKOV**: ¡Adiós! **¡**Adiós!

**JUAN:** (seco) ¡Hasta mañana!

(La escena se apaga. Cuando vuelve a encenderse Juan ha terminado su declaración ante el tribunal).

**JUAN**: ¡Fue él, Smerdiakov, quien mató a mi padre! ¡Lo hizo por instigación mía!

**EL PRESIDENTE**: ¿Está usted en su sano juicio?

**JUAN**: ¡Naturalmente que estoy en mi razón!... ¡Una razón vil, como la de ustedes y como la de todos estos... mamarrachos! (señala al público) ¡Todos han matado a sus padres y fingen horror en este instante! ¡Mienten entre ellos, ocultando el rostro debajo de una máscara..., pero todos desean la muerte de su padre! ¡Un reptil devora a otro reptil... y si no apareciera el parricidio en este proceso, hasta se enfadarían y se marcharían defraudados y furiosos! ¡Vaya un espectáculo! ¡Pan y circo! ¡Bueno, yo soy igual! (se toma la cabeza entre las manos y grita) ¿Tienen agua? ¡En nombre de Cristo, dénme agua para beber!

**ALEJO:** (gritando) ¡Está enfermo! ¡Está enfermo! ¡No le crean, desvaría! ¡Está con fiebre! ...

(Catalina se pone de pie, espantada y mira a Juan. Demetrio sonríe con una mueca).

**JUAN:** (sobreponiéndose) ¡Tranquilícense..., no estoy loco! ¡Soy... un asesino! ... ¡No se le puede exigir elocuencia a un asesino!

(Tumulto en la sala. El Fiscal se aproxima al estrado y habla en voz baja con el Presidente).

**EL PRESIDENTE:** (tratando de recobrar su aplomo) ¡Testigo: emplea usted un lenguaje incomprensible que no se puede admitir aquí…! ¡Cálmese y hable..., si realmente tiene algo que decir! ¡Qué pruebas ofrece para demostrar su afirmación! ¡Si no ofrece pruebas consideraré sus palabras como un delirio!

**JUAN**: ¡Citen a Smerdiakov…! ¡Pero sí... tengo un testigo!

**EL PRESIDENTE**: ¿Quién es ese testigo?

**JUAN**: ¡No es un testigo vulgar, como los demás! ¡Es un testigo que usa rabo! ¡No existe el diablo! (sonríe malignamente) ¡Pero no se preocupen: es un diablo sin importancia! ¡Quizás anda por ahí, bajo la mesa de las pruebas de convicción! ¿Dónde podría estar, sino ahí? ¡Cuando le dije que no quería callar, me habló de cataclismos geológicos! ¡Tonterías! ¡Pongan ustedes al monstruo en libertad…! ¡Ha cantado su himno y siente alegría en el corazón! ¡Yo también por dos segundos de alegría daría un cuatrillón de cuatrillones! ¡Tan estúpido es todo lo que pasa aquí que ustedes no saben quién soy…! ¡Deténganme en su lugar…! ¡Por algo he venido! ¿Por qué la vida es tan imbécil? (Alejo se levanta de su asiento y se dirige hacia él. Al mismo tiempo, el alguacil lo toma a Juan de los brazos) ¿Qué es esto? (lo toma al alguacil de los hombros y lo derriba.

(Otros guardias se echan sobre Juan y le ponen las esposas. Este grita palabras incoherentes. Tumulto en la sala. Catalina se incorpora y avanza gritando hacia el estrado de los jueces)

**CATALINA**: ¡No lo he dicho todo! ... ¡Quiero hablar otra vez! ¡Enseguida! Señor Presidente, tome usted esta carta..., esta carta... ¡léala! (señala a Demetrio) ¡Es una carta de ese monstruo! ¡Es él el asesino de su padre…! ¡Ahí está ese papel!

(El alguacil toma el papel y se lo entrega al Presidente. Catalina se desploma en una silla sollozando. El Presidente pasa la carta al Fiscal).

**EL PRESIDENTE:** (a Catalina) ¿Está dispuesta a contestar?

**CATALINA**: ¡Sí, me siento bien! ¡Estoy dispuesta a contestar!

**EL PRESIDENTE**: ¡Hable!

**CATALINA**: ¡La recibí la víspera del crimen! ¡Procedía de la taberna y estaba escrita al dorso de un papel de la factura! ¡Examínela! ¡Me odiaba en el momento de escribirla! ¡Me traicionó por la vil pasión que le inspira esa mujer (señala a Grushinka) ....¡Me odiaba también por el dinero que me debía! ¡Su deuda y su traición eran su vergüenza! Tres semanas antes de matar a su padre vino a verme una mañana. Yo sabía que necesitaba dinero, precisamente, para seducir a esa mujer y llevársela. Conocía su propósito de abandonarme y yo misma le entregué tres mil rublos, con el pretexto de que remitiera esa cantidad a mi hermana. Pero lo miré a los ojos y le dije que podía enviar el dinero cuando quisiera, "aun dentro de un mes". Cómo no comprendió que con mi mirada le decía: “¡Sé que necesitas el dinero para traicionarme…! ¡Tómalo: yo misma te lo doy! ¡Tómalo si eres capaz!". Quise avergonzarlo..., pero él tomó el dinero, se lo llevó y lo derrochó en una noche con esa mujer! ¡Afirmo que él no ignoraba mis alarmas..., no ignoraba que yo había descubierto todo, y hasta se dio cuenta de que, al ofrecerle el dinero, tuve el propósito de someterlo a una prueba para ver si era capaz de semejante infamia! ¡Nuestras miradas se cruzaron, adivinó todo y se fue con mi dinero!

**DEMETRIO:** (levantándose de su asiento y gritando) ¡Es verdad, Catalina! ¡Comprendí tu intención y, a pesar de todo, lo acepté! (al público) ¡Desprécienme todos por miserable! ¡Lo merezco!

**EL PRESIDENTE**: ¡Procesado: si pronuncia usted una palabra más, lo haré salir de la sala! (a Catalina) ¡Continúe!

**CATALINA**: ¡Respetuosamente pido al señor Presidente que haga leer la carta!

**EL PRESIDENTE**: Señor Fiscal: ¡Lea usted la carta!

**EL FISCAL**: (Leyendo la carta)

*"Catalina fatal:*

*Mañana tendré el dinero y te devolveré tus tres mil rublos...*

*¡Adiós, mujer colérica! ¡Adiós, mi amor, también! ¡Acabemos de*

*una vez! Pediré dinero, mañana, a todo el mundo, y si me*

*negasen, te juro por mi honor que, en cuanto Juan se ausente,*

*iré a casa de mi padre, le fracturaré el cráneo y me apoderaré*

*del sobre que oculta debajo de su almohada. ¡Sé que iré a*

*presidio, pero te habré devuelto tus tres mil rublos! ¡Te*

*saludo reverentemente! ¡Soy ante tus ojos un miserable, pero*

*perdóname! ¡Y si no, mejor es que no me perdones: resultará*

*más cómodo para los dos! En lugar de tu amor, prefiero el*

*presidio pues amo a otra, a la que de sobra conoces desde hoy!*

*¿Cómo podrías perdonarme ahora? ¡Mataré al que me ha despojado*

*y los abandonaré a todos! ¡Me iré a Oriente para no ver a*

*nadie, ni siquiera a ella, ya que no eres tú sola la que me*

*hace sufrir! ¡Adiós!"*

*DEMETRIO*

*PD: ¡Te maldigo y, sin embargo, te adoro! ¡Algo vibra todavía en mi corazón por ti, aunque mejor sería que estallara! ¡Me mataré, pero antes mataré al monstruo, le arrancaré los tres mil rublos y te los arrojaré! ¡Seré un miserable ante ti, pero no un ladrón! ¡Espera tu dinero: está en posesión de ese perro maldito, bajo su almohada, atado con una cinta rosa! ¡Yo no soy el ladrón, sino el hombre a quien mataré!¡Catalina, no me des*precies: *Demetrio es un asesino, pero no un ladrón! ¡Mató a su padre y se perdió por no poder soportar tu orgullo, y para no amarte! ¡Beso tus pies! ¡Adiós!*

*PD: ¡Catalina, ruega a Dios para que encuentre el dinero y no derrame sangre! ¡Pero si no lo encuentro, si me lo niegan, la derramaré! ¿Por qué no me matas? Tu esclavo y enemigo".*

*DEMETRIO KARAMAZOV*

**EL PRESIDENTE**: Ahora tiene la palabra el señor abogado defensor. Le ruego que se aproxime al estrado.

(El abogado defensor se levanta y se aproxima al estrado).

**EL DEFENSOR**: Excelentísimo señor Presidente del tribunal, señores del jurado: la señorita Catalina Ivanovna Verjoysev, al declarar por segunda vez, lo hace impulsada por la cólera, por el rencor disimulado durante mucho tiempo, por el deseo de venganza. Cambia su declaración con el fin de perder al acusado. En cuanto a la carta, se trata de la carta de un hombre ebrio, bajo la influencia de una cólera tremenda y en ella se habla del sobre tan solo por referencia de Smerdiakov. ¿Encontró el sobre el acusado debajo de la almohada? Es verdad que el exteniente Demetrio Karamazov golpeó a su padre una primera vez, pero al no encontrar a la señora Agripina Svietlov, llamada Grushinka, volvió sobre sus pasos ¿No podría haber ocurrido lo mismo la segunda vez cuando, al salir sin haber encontrado a la señora Svietlov, se encontró con el viejo Gregorio? Veamos los hechos: el presunto asesino salta la cerca al ver que la puerta del jardín estaba cerrada. Va en busca de su padre y de su amante, entra en la habitación pero no los encuentra. Se arrepiente y vuelve sobre sus pasos. Gregorio, al oír ruidos, sale. Ve a Demetrio que escala nuevamente la cerca y trata de detenerlo. Demetrio, creyendo que es su padre, le asesta un golpe con la mano de bronce del almirez y el viejo cae bañado en sangre. Demetrio vuelve sobre sus pasos sin más objeto que el de saber si el hombre a quien ha golpeado vive aún, sentimiento de precaución que se contradice con la imprudencia de haber dejado la prueba abrumadora del sobre roto que contenía los tres mil rublos. ¿Por qué enjugó la sangre que manaba de la herida de Gregorio con su pañuelo, que luego habría de servir como pieza de convicción? ¿Por qué no remató al herido y en esa forma se hubiera asegurado el silencio de ese testigo peligroso? ¿Por qué no tiró el arma en el dormitorio de su padre después de haberlo asesinado? A la mano del almirez se la encontró junto al viejo herido ¿Qué significación tiene este hecho? Sintió remordimiento por haber matado al viejo criado y ese remordimiento lo impulsó a arrojar lejos el arma fatal. Si sentía angustia por la presunta muerte de Gregorio era porque, a su vez, se sentía inocente de la muerte de su padre. Un parricida, lejos de acercarse a la segunda víctima, por compasión, no hubiera pensado más que en salvarse. En cuanto a la posibilidad de que Smerdiakov sea el asesino ‒y ya lo sabremos cuando se presente a declarar‒ he recogido ciertos informes: odiaba su nacimiento, hijo de una mendiga sordomuda a la cual habría violado el viejo Teodoro Smerdiakov, recordaba con ira que su madre era una apestosa. Creyéndose hijo natural de Teodoro Karamazov (y hay hechos que apoyan esta aseveración) concibió un odio terrible con respecto a los hijos legítimos de su amo: ellos poseían todo y él, nada. Para ellos sería la herencia. Para él, la miseria y la vergüenza hasta el fin de sus días. Señores del jurado: no cometáis un error jurídico. Esperad que se presente ante este tribunal el verdadero asesino, a quien el presidente ha citado a declarar: ¡Smerdiakov! ¡Nada más!

(Aplausos, en el público; un ujier penetra en la sala, se dirige al Presidente y le entrega un sobre).

**EL PRESIDENTE: (a**l Fiscal) Señor Fiscal, ¿querría leer en voz alta este sobre que me acaba de hacer llegar el jefe de los alguaciles?

**EL FISCAL**: Con mucho gusto, excelentísimo señor (toma el sobre, lo abre y lee en voz alta):

*"Habiéndome constituido en la casa del difunto Teodoro Karamazov para detener y conducir ante este tribunal al sirviente Smerdiakov, se ha encontrado que el susodicho, presumiblemente en horas de la noche, se había colgado con una cuerda de una viga del techo de su habitación. También se ha encontrado sobre la mesa de dicha habitación, la carta adjunta. Dios guarde a vuestra señoría".*

**EL PRESIDENTE:** (al Fiscal) ¿Podría leer usted esa carta adjunta?

**EL FISCAL:** (abriendo el segundo sobre):

*"Pongo fin a mis días por propia voluntad. Que no se acuse a nadie de mi muerte". Firmado: “Smerdiakov*"

(Revuelo en la sala. El abogado defensor se pone de pie, pálido. Catalina se pone de pie, primero, pero luego, se derrumba con la cara entre las manos. Alejo está de pie, pálido. Gruschinka corre hacia donde está Demetrio, gritando)

**GRUSHINKA**: ¡No! ¡No puede ser! ¡Yo soy la culpable!

(Los guardias la detienen antes de que pueda llegar adonde está Demetrio).

**DEMETRIO:** (gritando) ¡El perro tuvo una muerte de perro!

**EL PRESIDENTE**: ¡Señores y señoras: habrá un pequeño receso para que el jurado delibere y dictamine su veredicto! ¡Se levanta la sesión!

(Todas las figuras quedan estáticas. El tribunal, el Defensor, los guardias y el jurado desaparecen. Solo quedan en el centro de la escena Catalina y Demetrio, esposado. Ella le tiende las manos. Silencio tenso).

**DEMETRIO**: ¡Qué Dios los perdone... pero es terrible lo que han hecho conmigo: trabajos forzados de por vida en Siberia! (a Catalina) ¿Me perdonas? (Alejo se acerca lentamente) (a Alejo) ¿Ves, Alejo?

**CATALINA:** (sin poder contenerse) ¡Te amo porque tienes un corazón generoso! ¡No necesitas mi perdón como yo tampoco necesito el tuyo! ¡Nos perdonemos o no, nuestro mutuo recuerdo vivirá eternamente en nuestras almas como una llaga! Y así debe ser... ¿Me preguntarás a qué he venido? A besar tus pies, estrechar tus manos con todo mi corazón, para decirte, una vez más, que eres mi Dios, mi alegría, como en Moscú, ¿te acuerdas? ¡Para decirte que te amo locamente! (le toma las manos esposadas, las besa y solloza) ¡El amor de entonces ya no existe, Demetrio! ¡Pero incluso siendo doloroso el pasado, amo ese recuerdo y lo amaré toda la vida! ¡Ahora cada uno tiene un amor distinto: Juan está enfermo y me necesita! ¡Pero yo te amaré eternamente como tú me amarás! ¿No es verdad? ¡Sí, ámame, ámame toda la vida!

**DEMETRIO**: ¡Sí, te amaré... y bien lo sabes, Catalina! (pausa). (a Catalina): ¿Crees que soy yo quien ha matado a mi padre? Sé que ahora no lo crees, pero cuando declarabas, ¿lo creías?

**CATALINA**: ¡Jamás lo creí! ¡Ni siquiera en aquel momento! ¡Te odiaba y ese odio me hizo que lo creyera un instante! Al declarar estaba convencida, pero un instante después comprendí mi error!

**DEMETRIO**: ¡Sufres, Catalina!

**CATALINA**: ¡Déjame! ¡Ya no puedo más! (se dispone a retirarse y se encuentra con Grushinka. Ambas se miran frente a frente. Catalina baja la vista:) ¡Perdón!

**GRUSHINKA:** (con rencor) ¡Las dos somos malvadas! ¿Qué podríamos perdonarnos? ¡Toda la vida rezaré por ti!

(Catalina comienza a retirarse)

**DEMETRIO:** (a Grushinka) ¿Por qué te niegas a perdonarla? ¿Has sido capaz de negarle tu perdón cuando te lo pedía?

**GRUSHINKA**: Era su orgullo y no su corazón el que hablaba.

**DEMETRIO:** (a Alejo) ¡Alejo, corre y alcánzala!

(Alejo corre y detiene a Catalina)

**ALEJO**: ¡Vuelva usted, Catalina!

**CATALINA**: ¡No! ¡Humillarme ante ella es algo que no puedo soportar! ¡Si le he pedido perdón era porque he querido apurar el cáliz hasta las heces! ¡Pero ella se ha negado a perdonarme! ¡Casi lo prefiero! ¡Adiós, Alejo!

**ALEJO**: (Casi en un murmullo) ¡Adiós!

**APAGÓN FINAL**